

10 Sete 75
17055

EL TEATRO.

COLECCION DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA CRUZ
DEL MATRIMONIO

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

POR

DON LUIS DE EGUILAZ.

DÉCIMA EDICION.

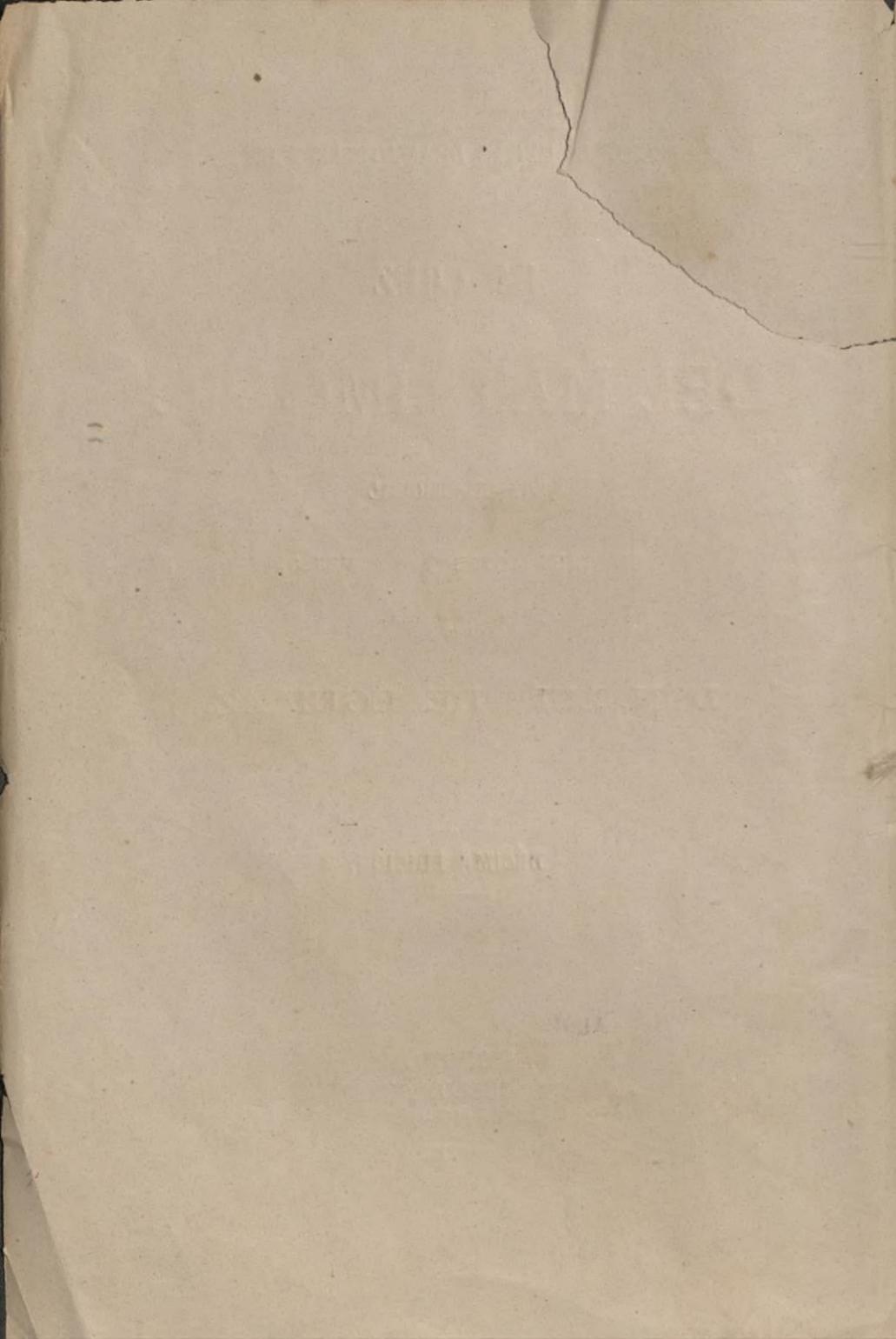
MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.-40.-2.
1875.

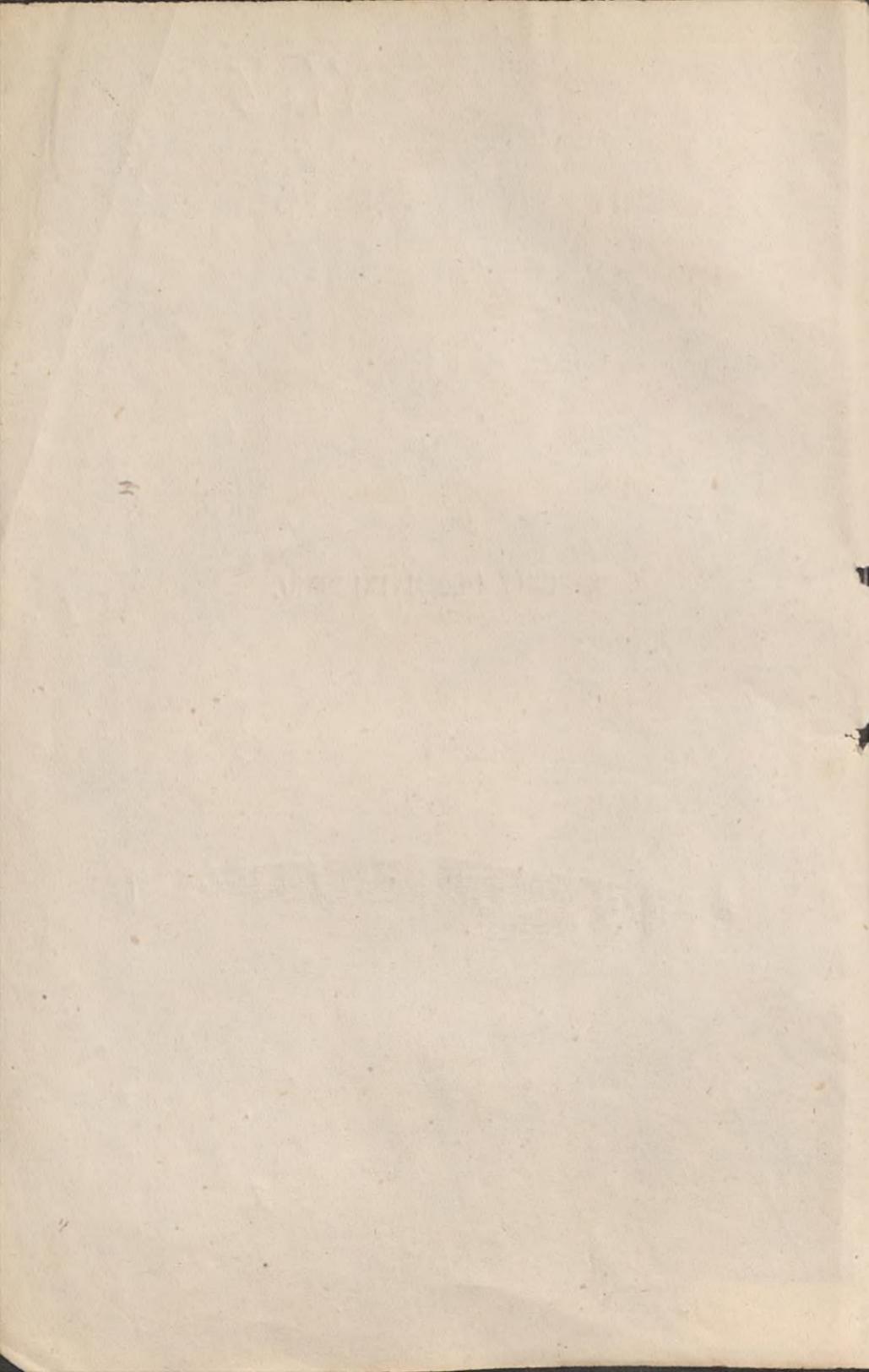
89-6

LA CRUZ DEL MATRIMONIO.

Toré Rodríguez

1040





LA CRUZ DEL MATRIMONIO.

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

por

DON LUIS DE EGUILAZ.

Representada por primera vez en el Teatro de VARIEDADES la noche
del 28 de Noviembre de 1861.

DÉCIMA EDICION.

MADRID.

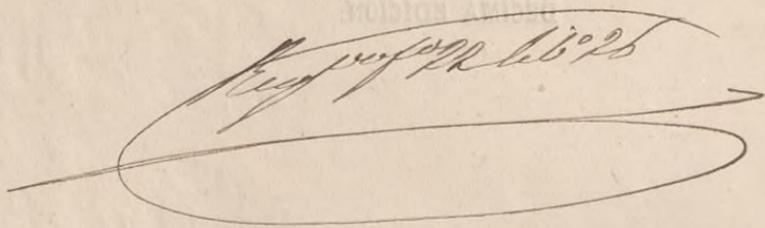
IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1875.

Esta obra es propiedad de la Hija del autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

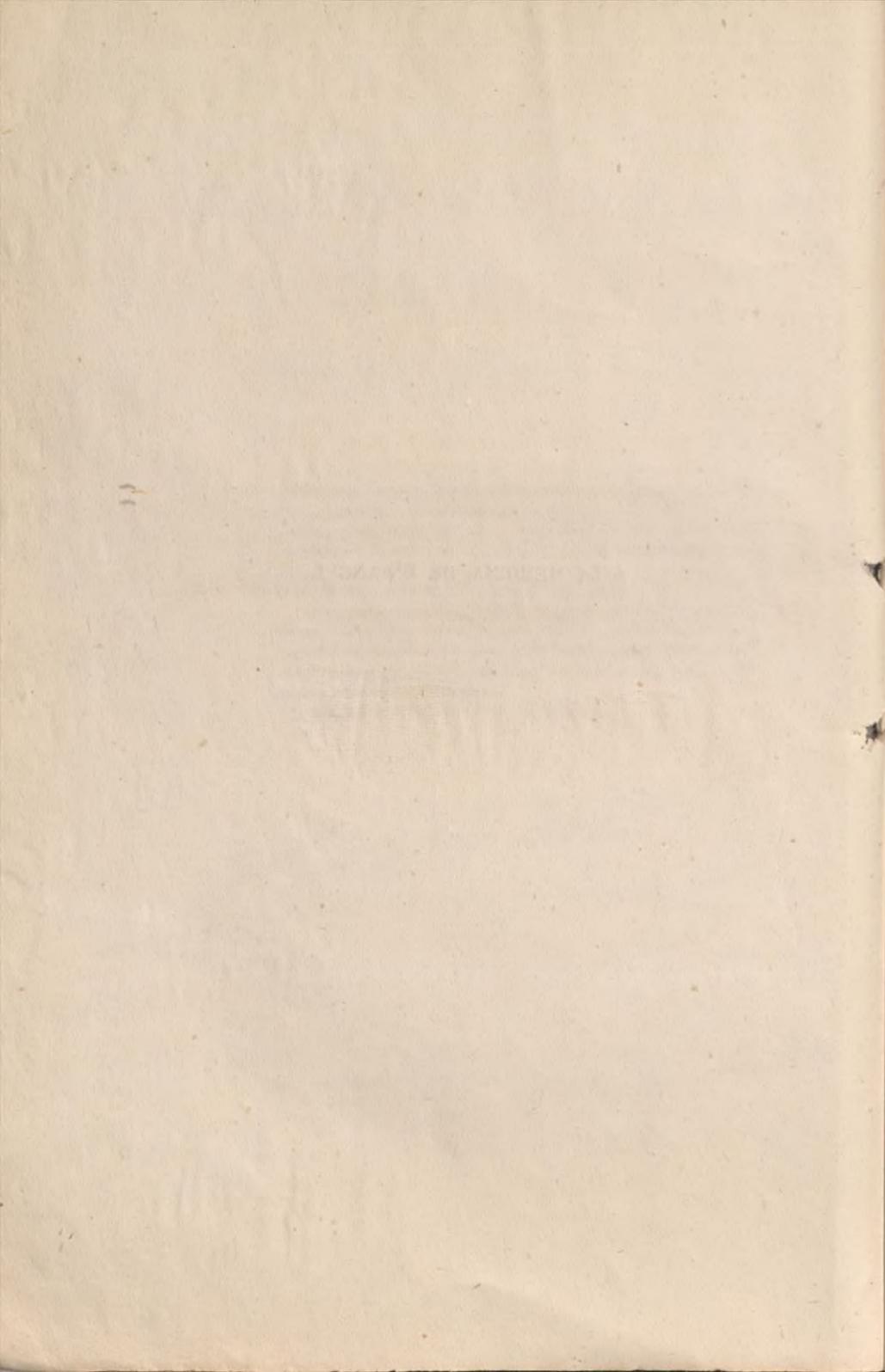
El autor se reservó el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad, por delegación de D. Diego Luque, tutor de la propietaria.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



Á LA MEMORIA DE UN ÁNGEL.



«Si alguno quiere venir en pos
de mí, tome su cruz y sigame.»

(SAN MATRO.)

«Mirad bien si acaso teneis vosotras la culpa. Para echar un jarro de agua al fuego de la cólera, y para domesticar el génio más feroz y más extravagante de su marido, no hay medio más eficaz que el silencio respetuoso, el modo humilde y severo, y la *paciencia* dulce y constante de una mujer. El rendimiento y la sumision que debemos á nuestros maridos no nos permite hacerles frente: el contrato matrimonial es contrato oneroso, que nos impone la obligacion de sufrir sus defectos *con paciencia*. Si vosotras sabeis *callar* ahorrareis muchas pesadumbres y muchos sinsabores.»

(Santa Mónica, segun el P. Croiset.)

PERSONAJES.

ACTORES.

MERCEDES.....	DOÑA CÁRMEN BERROBIANCO.
ENRIQUETA.....	DOÑA FRANCISCA MUÑOZ.
DOÑA CLARA.....	DOÑA FELIPA ORGAZ.
FELIX.....	D. JULIAN ROMEA.
MANUEL.....	D. FLORENCIO ROMEA.

El autor recomienda á los directores de escena, que el personaje mudo que aparece en el tercer acto sea representado por un actor de reconocido mérito.

En Madrid se han prestado voluntariamente á ejecutarlo los señores Mario, Pardiñas y Salas, dando en ello una prueba de su amor al arte, digna por muchos conceptos de ser imitada.

Madrid: 1860.

Habiéndose examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 21 de Setiembre de 1861.

El Censor de Teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

ACTO PRIMERO.

Gabinete en casa de Felix. Dos puertas al foro; una á la derecha y dos á la izquierda. Por la puerta de la izquierda del foro se ve otra que comunica con el jardín, y por la de la derecha una ventana. Por entre las persianas que cierran esta y aquella penetran rayos de luz.

Muebles de mucho lujo.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES, ENRIQUETA.

La primera aparece cosiendo: la segunda sale por la derecha en traje de mañana muy elegante, que contraste con el de Mercedes, que será sumamente sencillo.

ENRIQ. Buenos dias.

MERC. ¡Ah! Enriqueta.

ENRIQ. ¿Cómo es esto? ¿Trabajando tan de mañana?

MERC. No, hija.

Si son ya las doce y cuarto!

ENRIQ. Pues por eso digo... Eras tan dormilona!...

MERC. Ya, vamos!
recuerdas aquellos tiempos...
Ahora todo ha cambiado.

Con la edad el sueño huye,
y el chiquitin, los cuidados
de la casa...

ENRIQ. ¡Oh! Yo reviento,
Mercedes, si no hablo claro.
¡Eres tú aquella muchacha,
dulce embeleso del Prado,
hechizo de las reuniones,
de los bailes tierno encanto,
y en Real, Zarzuela y Príncipe
de los gemelos el blanco?
Fuí y no soy.

MERC. ¿Pero por qué?

ENRIQ. Hija, porque me he casado.

MERC. ¡Ah! ya. Y casarse es morirse?

ENRIQ. Yo pensé que era al contrario.
De soltera estaba atada;
sentía esos duros lazos,
que la sociedad impone
á la pobre que no ha hallado
quien con ella cargue. Pero
una vez casada, es llano
gozar las inmunidades
concedidas á ese estado.

MERC. Sí, pero teniendo un niño...

ENRIQ. Yo también le tengo, y bailo
y paseo y me divierto
en cuanto me viene á mano.
¿Por qué no le has puesto ama
como yo? ¿Por qué criarlo?
los niños fuera de casa
se crían mucho más sanos.

MERC. ¡Ay, Jesús! ¡Pobre angelito!
¿Yo buena y robusta estando,
le había de comprar madre?

ENRIQ. Así te has desmejorado.

MERC. La que no cria a su hijo;
ni le aduerme en su regazo;
ni el nombre de Dios le enseña...
no es madre: ese nombre santo
no se gana en aquel día
en que vida y ser le damos.

Poco es que el árbol dé flores
si el fruto no es sazonado.

ENRIQ. Bien: pase por el chiquito.
—¿Mas es justo, es cuerdo, es sabio
que en casa pases la vida
entre afanes y trabajo,
mientras tu señor marido
goza y derrocha y da escándalos
y vive... ¡Dios sabe cómo!

MERC. porque ni aun quiero pensarlo?
¿No es tu marido lo mismo?
Pues dime, ¿consigues algo
con estar siempre riñendo?
¿Le vas atrayendo algo
con seguir su ejemplo en todo
cuanto no veda el recato?

ENRIQ. Hija, tú estás en mantillas
y es preciso irte educando.
—Por desgracia ó por fortuna
juntas ambas nos criamos,
sin padres, con nuestra tia,
y aún niñas, el tiempo andando,
por fortuna ó por desgracia
en un día nos casamos.
Tu Felix y mi Manuel,
dos excelentes muchachos
según todos, muy amigos
—porque eran á cual más malo--
fueron—y esto es tan patente
que está á los ojos saltando—
si calaveras solteros
más calaveras casados.
Llévome el mio á Paris,
donde he vivido tres años
con nuestra tia, y quedaste
tú de tu marido en manos,
sola y niña y sin consejo,
que es un triple desamparo.
Mientras que duró esa luna,
que luna de miel llamamos,
si yo de amor loca estuve
ví en mi Manuel otro tanto.

Mas pasó un mes y otro mes,
—¡jamás hubieran pasado!—
cuanto yo más me abrazaba
más Manuel se iba entibiando.

Al principio no salía
por estar siempre á mi lado;
despues me pidió permiso
para divertirse un rato;
estaba fuera una horita
y volvía más que á paso.

Luégo, sin pedir licencia,
añadió á la horita un cuarto;
luégo tuvo ocupaciones,
despues le gustó el teatro;
despues... ¡se pasó la noche
fuera de casa jugando!

Lloré, le armé peloterías,
¡ni por esas! Ocupado (Bejando la voz.)

me lo trafa una pícara
actriz de los Italianos.

Apenas entraba en casa
yo iba á buscarlo llorando;
él huía de mi vista

ó fosco ó mal humorado.

Pedí á mi tia consejo:
dióme un consejo sensato.

«Cuando venga, riña en él.

¡Grita? Grita tú más alto.

Va á un baile? Vamos á otro.

Él te da celos? Pues dáselos.

Compra á su querida un traje?

Compra tú al momento cuatro.

Que le duela, que le punce;

y verás así, que cuando

el agujijon sienta, torna
á tus piés más que humillado.»

—Esto espero, y cuando ménos,

si no logro al bien llevarlo.

pues él goza de este mundo,

yo del mundo habré gozado.

MERC. Me estás contando mi historia.

Sole que yo, no pensando

que el camino que tú eliges
á un bien conduzca cercano,
á mi corazón oyendo
camino opuesto he tomado.
Si él se va á sus diversiones,
yo nunca de casa salgo;
si pasa la noche fuera,
toda la noche le aguardo.
Si cuando llama me encuentro
triste y apegada en llanto,
presurosa el llanto enjugó,
la risa á mi boca traigo,
y amorosa le recibo,
venga alegre ó enojado,
sin que asomen á su vista,
aunque me mate el quebranto,
ni una lágrima á mis ojos
ni una repulsa á mis labios.
Si él pierde al juego, yo en casa
lo que él ha perdido trato
de economizar; si pienso
que un rico traje ha comprado
á una mujer, que él desprecia
tal vez sin imaginarlo,
al tornar á casa me halla
con traje humilde esperándolo.
Nunca recriminaciones,
nunca riñas, nunca escándalos.
Si fuera encuentra repulsas
sólo ve en su casa agrado.

ENRIQ.

Ó eres tonta, ó eres santa.
¿Te estás brazo sobre brazo,
sufriéndolo, y nada haces
por gozar ó por ganártelo?

MERC.

Hago mucho: el alma mía
hace más por mí: le amo!

ENRIQ.

Así, Mercedes, le pierdes.

MERC.

Más bien pienso que le gano.
Cuando ve á la que es su esposa
con un sencillo tocado,
al dejar á otras mujeres
á quienes presta hoato;

cuando del juego acá torna
de haber un caudal tirado
y ve que porque no pierda
nuestro pobre niño tanto
me afano y economizo;
cuando viene disgustado
con sus locas aventuras,
con sus amores comprados,
y aquí me encuentra, dispuesta
á recibirle en mis brazos,
que se averguenza conózco,
y un remordimiento amargo
le punza: eso es lo que quiero,
de eso yo todo lo aguardo.
Vendrá un día en que compare
el oro fino y el falso;
el amor que el amor compra
y que el dinero ha comprado;
y si compara, si piensa,
no habrá ya poder humano
que de mi amor le separe,
que le arranque de mis brazos.

ESCENA II.

DICHAS, DOÑA CLARA, en traje de calle de mucho lujo.

- CLARA. ¡Yo no sé cómo hay personas
decentes, que resignadas
vivan en Madrid! ¡Jesús!
Córte en fin digna de España.
¡Qué silencio en esas calles!
qué pobreza en estas casas!
¡Vamos, esto no es vivir!
¡París, París de mi alma!
- MERC. Pues tía, á mí me parece
que bulla en Madrid no falta.
- CLARA. ¡Uy, qué lastima de celda!
—Dime: ¿quién te ha hecho esa bata?
- MERC. Manolita.
- CLARA. ¿Es española? (Con desprecio.)
- MERC. Sí tal; vallisoletana.

- CLARA. Bien se le conoce, hija. (Con desden.)
Dónde está aquella madama
Petit-Chú... ¡Qué gusto tiene,
qué tijeras y qué gracia!
¡Ay, Mercedes, si me pierdo
mándame á buscar á Francia.
- ENRIQ. Sí: tiene razon Clarita.
- CLARA. ¡Ah!... ya no me llamo Clara.
Madam Clarita. Así todos
en el *hotel* me llamaban.
¡Qué franceses tan galantes!
¡Qué cosas dicen! Es lástima
que yo no pueda entenderles
ni siquiera una palabra.
- MERC. ¡Pero, tia!...
- CLARA. ¡Tia, tia!
¿Soy alguna octogenaria?
Tú por tú, y Clarita.
- MERC. ¿Tú?
- CLARA. Mejor fuera que me hablaras
con aquel *vu* parisien
tan mono y lleno de gracia.
Pero, hija, donde no hay *vu*
con el tú apechugo.—¡Eh! basta:
y aprende de mi Enriqueta,
que viene pulimentada.
Tú por tú, y Clarita.
- MERC. ¡Tia!
- CLARA. ¡Otra! ¡Qué falta! ¡ay qué falta
nos está haciendo un poquito
de anexion! ¡Quién fuera Italia
y tuviera un Garibaldi
y se viera anexionada!
- MERC. ¿Y qué es eso?
- CLARA. ¡Ay que no sabe (Escandalizada.)
hacer política! Calla;
y no hables donde te escuche
gente de pró, desdichada!
- ENRIQ. Cierto: ignorar esas cosas (Sonriendo.)
de que todo el mundo habla...
- CLARA. Es que me espanto y me asombro...
¿Cómo vivis en España?

- MERC. Oh... yo le diré á usted, tía,
¡hay tanto que hacer en casa!
- CLARA. Pero aquí no hay *Monitores*?
¿No hay *Patri*?—En francés es patria.—
Mira, para que otra vez
tales preguntas no hagas.
Anexion, es una cosa
que tiempo atrás no pasaba
nunca en tierra firme. Antes
los peces solos la usaban.
Un pez grande, por ejemplo,
un besugo así... de talla,
con deseo anexionista;
—hambre en lengua castellana,—
á buscar pasto salía
dejando el lecho de algas,
Encontraba un pez pequeño,
—un lenguado, verbi gracia,—
y de compasion movido
al ver su insignificancia,
por elevarlo á su altura,
por infiltrarte su savia
y hacer uno de los dos,
sorbía y lo anexionaba.
Si más saber quieres, hija,
vé á estudiar á Salamanca.
- MERC. Tía, y si yo pienso en eso,
que al fin no me importa nada,
¿quién cuida aquí de la ropa?
¿quién vigila á las muchachas?
- ENRIQ. Y ahorrarás tú en todo un año
con tu arreglo y vigilancia,
lo que tu señor marido
en sola una noche gasta?
¿Gastan ellos? pues gastemos.
- MERC. Bien, si; pero ellos lo ganan.
- CLARA. Hija, Dios condenó á Adán
á que el sustento ganara;
á Eva no. Díóle un castigo
más doloroso. ¡Yo...
- ENRIQ. (Conteniéndola.) ¡Clara!
- CLARA. Pues señor: he estado viendo

cuartos toda la mañana.
¡Qué escaleras! ¡Qué pasillos!
¡Qué casas! ¡Parecen jaulas!
De *confort* alguna cosa,
mas de *comilfó* no hay nada.

ENRIQ. ¿Es decir que no has hallado!...

CLARA. ¡Qué he de hallar! Esto al fin pára
en irme al campo, y hacerme
una chocita de ramas.

ENRIQ. Pues, prima, tienes que darnos
hospitalidad bien larga.

MERC. No sabes cuánto me alegro.
Tanto tiempo separadas!...

CLARA. Pues señor: para que veas
entre la gente que andas.
Al bajar ahora del coche,
furiosa y desesperada,
—como es regular,—alcéme
así un poquito la falda.

Se vió el pié y sus arrabales,
—cosa que ya á nadie extraña

llevando los bajos limpios.—
Mas un hombre que pasaba
—andaluz por el ceceo

y por la presencia charra—
me dice con desvergüenza
echándome una mirada:

«¡Vivan los piés de alfeñique!

¡Viva la bula y la gracia!»

¡Ay qué país! ¡qué paisaje!
y qué paisanaje!

ENRIQ. Clara!

CLARA. ¡Ah!... pero no todo ha sido
en esta excursion desgracias.
He tenido un buen encuentro:
he tropezado una cara
conocida antigua tuya. (Á Enri queta.)
¿No adivinas?

ENRIQ. ¿De quién hablas?

CLARA. ¿Te acuerdas de aquel muchacho
que allá nos acompañaba
el año pasado?

ENRIQ. ¿Alfredo? (Con mucho interés.)

CLARA. En persona.

ENRIQ. ¿Está en España?

(Afectando indiferencia.)

CLARA. Acabo de verle. Con su finura acostumbrada me ha acompañado un ratito. — ¡Pobre! Qué historia tan larga de desdichas me ha contado. Una pasión desgraciada le hizo abandonar su tierra é irse tras la muerte á Italia. Ha estado en Castelfidardo batiéndose por el Papa con Lamoricié.

ENRIQ. ¿Y fué herido? (Con interés.)

CLARA. Prisionero.

ENRIQ. ¿Y ahora?... (Con frialdad.)

CLARA. Trata

de aturdirse, y como es rico con este objeto viaja.

— Es del *fobur San Germen*. — (Á Mercedes.)

¡Qué tonta será la ingrata!

ESCENA III.

DICHAS, FELIX.

FELIX. ¡Oh! buenos días.

(Deteniéndose al verlas. Ha trasnochado.)

CLARA. Muy buenos.

FELIX. Y al que hoy hace esto conviene.

Solamente Madrid tiene

estos días tan serenos.

¿Se ha dormido bien?

ENRIQ. Muy bien.

FELIX. Convida el aire nativo.

CLARA. Ay, no, no! Yo solo vivo respirando el parisien.

FELIX. ¿Y tú?

(Con frialdad, á Mercedes, que ha tomado el sombrero y el gaban.)

- MERC. ¿Yo? Muy bien.
FELIX. ¿Sí? (Con desconfianza.)
MERC. Si.
Tú no quieres que te aguarde...
ENRIQ. ¡Qué? ¿Se ha recogido tarde?
MERC. No, tarde no.
FELIX. Así, así.
ENRIQ. ¡Pícaro!
FELIX. ¿Negocios!
CLARA. ¡Ya!
¡Si quemaran el Casino!...
ENRIQ. ¿Y... don Manolito, vino
en tu compañía acá?
FELIX. Sí, sí; no tengas cuidado
de que aquí se te pervierta.
Su juventud inexperta
guia un hombre amaestrado.
CLARA. Vamos, y deja á ese loco.
FELIX. ¡Tan pronto! Ya habrá lugar...
CLARA. No, no, no: para amorzar
es fuerza arreglarse un poco.
FELIX. ¡Ah!... si eso... El yo pequé
entono ya por mi ruego.
Ponte linda, y hasta luégo!
ENRIQ. Hasta luégo.
CLARA. Adiú, mosié.

ESCENA IV.

MERCEDES, FELIX.

- FELIX. (¡Qué linda es! Y Manuel
(Mirando á Enriqueta.)
deja á una chica tan bella
y tan buena por aquella
serpiente de cascabel!...
Vamos, si yo fuera así
renegaba de mi nombre.
¡Qué animal tan raro el hombre!)
MERC. ¡Ejem! (Tosiendo. Habrá vuelto á su labor.)
FELIX. ¡Ah!... ¿Estabas ahí?
MERC. Sí.

- FELIX. ¿Qué haces?
MERC. Coser.
FELIX. ¡Coser!
- Siempre igual!
MERC. Por las mañanas...
FELIX. Es que parece que ganas
así lo que has de comer!
¿Qué dirá de tu marido
quien siempre te encuentre así?
- MERC. Que me distraigo.
FELIX. Si, si!
Debe ser muy divertido.
MERC. Si es que algo decir deseas,
coser no quita el hablar.
FELIX. No, no quiero incomodar.
MERC. ¿Incomodar? No lo creas! (Levantándose.)
Ya lo dejo.
- FELIX. ¡Oh! Ven aquí.
Esos ojos... Tú has llorado.
MERC. No, no.
FELIX. Pues me has aguardado
y no has dormido.
- MERC. ¿Yo?...
FELIX. ¡Sí!
MERC. Perdona, Felix; no puedo
dormir si no estás en casa
pensando si algo te pasa.
¡Tengo por tí tanto miedo!
¡De noche esas calles!...
- FELIX. ¡Oh!
¡Esto ya es intolerable,
fastidioso, insoportable!
¿Soy algun chiquillo yo?
Y ahora teniendo contigo
tus parientes... ¿Qué dirán?
MERC. Pero, Felix...
FELIX. Pensarán...
pensarán que yo te obligo!
MERC. Mira, no he velado tanto.
FELIX. Pero si he vuelto de día!
¡Vamos, esto acabaría
con la paciencia de un santo!

- MERC. No; que lo noten yo evito.
Me recojo en mi aposento,
y en cuanto tus pasos siento
me acuesto muy de quedito.
- FELIX. ¡Estos femeniles ocios!...
Como no tienen que hacer!...
- MERC. Tardabas tanto en volver!...
- FELIX. Uno tiene sus negocios!...
- MERC. Ya se ve. (Dándole toda la razon.)
- FELIX. Y no es regular...
- MERC. Ya lo sé; mas la voz baja. (Muy apurada.)
- FELIX. Que despues que uno trabaja...
- MERC. Sí.
- FELIX. Le quieran fastidiar.
- MERC. Pero, Felix, si es cariño.
- FELIX. Quererse meter en todo... (Sin oírlo.)
- MERC. ¿Yo? no, no; de ningun modo.
Vamos... ¿quieres ver al niño?
(Mucha dulzura.)
- FELIX. No, no quiero! Esto me afecta
y hace que sin seso ande.
Tienes un defecto grande.
¿Cuál?
- MERC. ¿Cuál?
- FELIX. Hacerte la perfecta.
Y me tienes en un potro
y me irritas y sublevas.
—Vé, mira qué traje llevas!
¿Por qué no te pones otro?
¿No te gusta?
- MERC. ¿No te gusta?
- FELIX. ¡De percal! (Tocándolo.)
Esto de la raya pasa.
- MERC. Para andar dentro de casa
aún me parece tal cual.
- FELIX. Eso, sí; hazte la modesta!
—Viste seda, glasé!
- MERC. ¡Cuando
se está en casa traginando!
¿Sabes eso lo que cuesta?
- FELIX. Bien. ¿Pero no gasto yo?
- MERC. ¡Oh!... Tú, ya eso es diferente.
Tienes que alternar con gente...
No es el caso el mismo, no.

Yo metida aquí...

FELIX. ¿Y por qué?

¡Ah, ya, tus negocios graves!

¿Por qué no sales?

MERC. Ya sabes

que no me gusta.

FELIX. Sí, sé...

Lo que sé es que te has propuesto,

y á esto yo no me acomodo,

reconvenirme por todo.

MERC. ¡Yo? Si nunca te molestó. (Asombrada.)

FELIX. Pon ojos estupefactos.

MERC. Yo he dicho?...

FELIX. ¿Con eso vienes?

No, si no me reconviene

con la boca, ¡es con tus actos!

MERC. ¡Yo!...

FELIX. Y esto de armar comorras

por quitame allá esas pajas!...

Si me divierte, trabajas;

si sabes que gasto, ahorras;

si tardo, te estás en vela,

y tanta otra cosa y tanta...

¡Amigo, esto no lo aguanta

ni un chiquillo de la escuela!

Si alguna vez te quejaras

otra vida deseando!...

si al ménos de vez en cuando

me riñeras y lloraras!...

Siempre víctima de amor

que dardo agudo traspasa,

y yo siempre haciendo en casa

los papeles de traidor!...

Es una vida infernal

la que llevo hace un trienio.

¡Conque ó tú mudas de genio

ó yo me tiro al canal!

MERC. Perdon, si sin intencion

te reconvine.

FELIX. ¿Eso infieres?

Pues no es eso. ¡Es que tú eres

la misma reconvenccion!

MERC. ¡Jesús! Piensas unas cosas!
¡Eh!... Ven á ver al chiquito.
Ya dice papá clarito.
FELIX. No. (Preocupado.)
MERC. Sí.
MANUEL. ¡Oh! modelo de esposas. (Entrando.)

ESCENA V.

DICHOS, MANUEL.

FELIX. ¿Despiertas? (Con ironía.)
MERC. Manolo, adios.
¿La noche buena?
MANUEL. Exquisita.
(¡Qué preciosa!) (Pobrecita! (Á Felix.)
No tienes perdon de Dios.)
FELIX. ¡Eh!
MERC. Perdónenme que huya.
Los quehaceres...
MANUEL. (¡Deliciosa!)
(¡Si tuviera yo esta esposa!
FELIX. ¡Si yo tuviera la tuya!)
MANUEL. (¡Pícaro!)
FELIX. (¡Esto escandaliza!)
MERC. Ea, adios. (Ha estado recogiendo la costura.)
MANUEL. ¡Ya!
MERC. Mal mi grado.
Mas el niño aún no ha almorzado;
y como soy su nodriza...
MANUEL. (¿Ves?
FELIX. Sí.)
MANUEL. Aguárdate. (¡Mastuerzo!)
Siquiera un cuarto de hora.
MERC. ¡Ah!... No puedo.—Oigo que llora!
(Escuchando.)
Es que me pide su almuerzo.

ESCENA VI.

FELIX, MANUEL.

- MANUEL. Eres digno de un presidio.
¡No hacer caso de una esposa
tan buena! ¡tan cariñosa!
- FELIX. ¡Chico, comprendo el suicidio!
- MANUEL. ¡Si tuvieras que lidiar
con aquella! Nunca hay calma.
- FELIX. ¡Ay Manolo de mi alma,
si pudiéramos cambiar!
- MANUEL. ¡Ojalá!—Siempre el reproche
tiene en la lengua.
- FELIX. ¡Hechicera!
- MANUEL. Me ha armado una pelotera
ahora mismo *solo noche*...
- FELIX. ¿Cómo?
- MANUEL. Se ha entrado resuelta:
y porque ayer no he venido...
- FELIX. Ya se ve! No habrá dormido!
- MANUEL. ¿No dormir? Á pierna suelta!
- FELIX. ¡Duerme! ¡Celestial! (Rápido.)
- MANUEL. ¡Pues no!
Sólo por bailar trasnocha!
- FELIX. ¡Baila! ¡Divina! ¡Y derrocha?
- MANUEL. Tututú... Doble que yo.
- FELIX. Ni pasada por tamiz!
Y dime, ¿es aficionada
á coser?
- MANUEL. No da puntada.
- FELIX. ¡Y no cose! ¡Hombre feliz!
- MANUEL. Muchacho, ¿te has vuelto loco!
Eso es salirse de quicio.
- FELIX. Mira, yo tendré algun juicio,
mas debe de ser muy poco.
—Oye, y mis duros quebrantos
escucha de pena lleno.
Yo naí para ser trueno
como otros para ser santos.
Aún niño, al mundo me eché

- como tú jamás pensaste.
- MANUEL. Pero si tú me educaste.
- FELIX. Es cierto; yo te eduqué.
Pues, alumno, es la verdad
que por más que vaya y venga,
no hay un hombre que no tenga
algo de fragilidad.
La tuve: me enamoré;
la garganta puse al hierro;
dispuse mi propio entierro,
quiero decir, me casé.
- MANUEL. Al fin de toda comedia
el primer galán se casa.
- FELIX. Cierto. Lo que luégo pasa
constituye la tragedia.
—Pues señor, mi último día
llegó.
- MANUEL. No me apesadumbres!
- FELIX. Quise mudar de costumbres.
Pero, chico, ¡me moría!
El reposo que hay aquí, (Sombrio.)
esta calma, este quietismo,
este hacer siempre lo mismo
no se han hecho para mí.
Esta casa es un retablo
que á la virtud se levanta.
Mercedes es una santa;
y yo necesito un diablo.
Volví á lanzarme á la mar.
¿Pensarás que se enojó,
que hubo riñas, que lloró,
que á su vez quiso gozar?...
No! cuando por mi aspereza
y por lo mal que la trato
espero que coja un plato
y lo rompa en mi cabeza...
llena de santo cariño (Conmovido á su pesar.)
con la sonrisa en la boca
me cuenta de gozo loca
¡alguna gracia del niño!
- MANUEL. Pues, chico, eso es un tesoro. (Conmovido.)
Con esa mujer al lado

- no se está, Felix, casado.
Pues eso es lo que deploro.
No sabes lo que es volver
tras una noche de orgía
á casa, ya entrado el día,
y encontrar á una mujer
que no ha dormido esperando,
y que no exhala una queja;
que al verte todo lo deja
su pena disimulando.
Tú no comprendes el mal
de hacer que otra esté lujosa
y ver que tu propia esposa
viste traje de percal.
No ves lo que martiriza
contemplar de qué manera
lo que tú derrochas fuera
ella en casa economiza...
Y todo sin acritud,
sin que recompensa aguarde,
sin hacer jamás alarde
de tan inmensa virtud...
Créeme: esta es una pena
que á otra alguna yo no igualo;
¡ya que tengo que ser malo
no la quisiera tan buena!
- MANUEL. Pero siendo tan bendita,
¿por qué te hace padecer?
- FELIX. ¿Por qué? ¡Porque esa mujer
es mi conciencia que grita!
Manuel, siempre la he de ver
en su retiro modesto
con actos que dicen: «Esto
es lo que se debe hacer.»
- MANUEL. Pues señor, si eso es lo malo,
nunca tal mal de ti huya.
- FELIX. ¡Ay! ¿quién me diera la tuya!
- MANUEL. ¡Muy buena! Te la regalo.
—Ya sabes cómo casé,
y que á París nos partimos,
y que ¡un mes! felices fuimos.
Pues señor, héte aquí que...

una noche, acostumbrado
á no tener quien me aguarde,
vuelvo á casa un poco tarde...
Hijo mio, ¡qué nublado!
Empieza el «ya no me quieres;»
«dos que aman esto no hacen;»
y lo de «para esto nacen
las pobrecitas mujeres!»
Y, chico, desde aquel dia,
postrero de mi placer,
mi mujer no fué mujer.
sino un dragon, una arpia.
Yo, huyendo la pelotera
y ansiando una paz sin tasa,
lo que no encontraba en casa
iba á buscármelo fuera.
Ella, gozar anhelando,
se dió al mundo y á vivir,
y sin dejar de gruñir,
me está, chico, arruinando.
De los lances más sencillos
sospecha tramas infieles;
me revuelve los papeles;
me registra los bolsillos;
y yo, sin resolucion
para romper el consorcio
con un prudente divorcio,
acepto esta situacion;
y por vencer al destino
sin dar una campanada,
contra lo que ya me agrada
triunfo y juego y me arruino.
Ahí tienes mi historia negra.
Resúmen: el matrimonio
lo inventó el mismo demonio
con ayuda de una suegra.

FELIX. Chico, chico, es celestial. (Con cierta envidia.)

Esa mujer te disculpa,
y estás absuelto de culpa.

Tú de aquí no estarás mal. (Del corazon.)

MANUEL. Claro está: si así no fuera
yo adorara á esa maldita.

- ¡Me parece tan bonita
cuando no busca quimera!
- FELIX. Calla, calla!
- MANUEL. Sí: es verdad.
Estoy el marido haciendo.
Vamos.
- FELIX. ¿Adónde?
- MANUEL. Corriendo.
Hoy barrunto tempestad.
- FELIX. ¿Mas no almorzamos aquí?
Con tu mujer y la tia
yo cumplir así debía.
- MANUEL. ¡Quiá! no, no: vente á Lhardy.
¡Yo almorzar con ella! ¡Cá!
Todo lo que más me pesa
lo guarda para la mesa
- FELIX. ¡Hombre; pero estando aeá!...
- MANUEL. ¡Bah! Ya fraguará un complot.
Si como ella no lay ninguna.
Un dia me tiró una
chuleta á la papillot.
- FELIX. ¡Hombre! (Con envidia.)
- MANUEL. Si es insoportable:
si ni aun es persona humana.
—Convidaremos á Juana.
Esa sí que es chica amable.
- FELIX. Eso no me tiene cuenta.
Si no va Inés es mal trato.
- MANUEL. Bien, bien. ¿Y á la noche?
- FELIX. Un rato
se pasa al treinta ó cuarenta.
- MANUEL. Conque programa.—Lhardy,
Casino, Juana é Inés,
y despues...
- FELIX. Despues... despues...
¿Tienes tu sombrero?
- MANUEL. Sí.
- FELIX. Pues anda.

ESCENA VII.

DICHOS, ENRIQUETA.

- ENRIQ. ¡Hola!
MANUEL. (Caf.)
ENRIQ. ¿Qué? ¿Los sombreros tomáis? (Callan.)
¡Te vas? (Á Manuel.)
FELIX. Sí.
ENRIQ. ¿Y adónde vais?
MANUEL. Al teatro. (Con atolondramiento.)
ENRIQ. ¿Ahora?
MANUEL. Sí.
ENRIQ. ¿Pues qué? ¿Á la una hay funcion?
MANUEL. ¡Oh! Soy digno de un bozal.)
FELIX. Es concierto matinal. (Sonriendo.)
Uno que toca el violon... (Por Manuel.)
ENRIQ. Sí, sí. Ya se deja ver.
¡A no estar Felix delante...
(Á media voz á Manuel.)
MANUEL. ¿Ves es esto? ya no hay aguante! (Á Felix.)
FELIX. ¡Eh! ¡Chico! Vamos, mujer.
(Colocándose entre los dos.)
¡Á qué son esos enojos?

ESCENA VIII.

DICHOS, MERCEDES.

- MERC. ¿Qué, os vais? (Con dulzura.)
ENRIQ. Sin decir adios.
MANUEL. ¡Esta es otra! Entre las dos
nos van á sacar los ojos!
¡No, si es broma! Yo dejar!...
FELIX. No es broma, tengo un asunto
que...
MANUEL. (Calla.)
MERC. (Sencillez.) Si lo pregunto
por si os hemos de esperar.
El almuerzo está...
MANUEL. ¡Ah! pues sí!...

- (Hombre, ayúdame.)
FELIX. Lo siento!
pero, hija, en este momento
tenemos que hacer y...
MANUEL. Y...
FELIX. Y esta disimulará... (Por Enriqueta.)
porque los negocios...
MANUEL. ¡Pues!
FELIX. La deuda sin interés
(Como metiéndolo á barato.)
se dice que hoy subirá...
MANUEL. ¡Eso!
FELIX. Y con esta subida
todo el papel del Estado.
MANUEL. Claro está. El consolidado!...
(Cerrando el puño.)
FELIX. Pues, chico, ¿y la diferida?
(Indicando con la mano la acción de diferir una cosa.)
ENRIQ. Serán cosas de gran monta;
nada habrá que las iguale;
más lo que es Manuel no sale;
y si esta no fuera tonta...
MERC. (Mujer, que hay gente.)
ENRIQ. (Que haya.)
Por tí se verá perdido. (A Mercedes por Felix.)
MERC. ¿Pues yo mando en mi marido?
ENRIQ. ¿No has de mandar?
FELIX. (Apaciguándolos.) Vaya, vaya!

ESCENA IX.

DICHOS, CLARA.

Doña Clara aparece en el fondo derecha muy gozosa, con una tarjeta en la mano.

- CLARA. Enriqueta, niña, ven;
ven volando, que aquí está
mosié Alfredo. (Váse.)
ENRIQ. (¡Oh!)
MANUEL. ¿Cómo? ¿Ya
aquí ese títere? Bien. (Rápido.)

- Ya sabes que no me gusta.
ENRIQ. Tampoco me gusta á mí (ta.)
que tú salgas. ¿Estás?
MANUEL. Sí.
ENRIQ. Pues vete: nada me asusta.
FELIX. Hombre, sí. ¿Te paras cuando
tanta falta hace que vengas?
Chico, no las entretengas,
que las están esperaudo!
Mire usted que es fuerte empeño...
(Manuel no ha dejado de mirar á Enriqueta.)
—Hijo, que tiempo hay bastante
de mirarla! ¡Habrás tunante! (Entre los dos.)
—No me pongas ese ceño. (Á Enriqueta.)
Se nos prepara hoy un día (Á Mercedes.)
tan sumamente ocupado...
Ahora, cuando aquí has entrado
Manuel el programa hacía. (Á Enriqueta.)
(Movimiento de sorpresa y temor de Manuel.)
Al ministerio á activar
lo del suministro. ¿Estamos?
(Mirada á Manuel.)
Un negocio en que nos vamos
completamente á llenar.
Despues tras de hacerles mil
cortesías á las mesas,
ver unas cuantas traviesas...
MANUEL. (¡Hombre!)
FELIX. De ferrocarril.
En esto poco se embolsa,
es verdad; pero, hija, así
un poquito aquí y otro allí,
se pasa. Luégo á la Bolsa.
Y en jugando una partida
con títulos por baraja,
diez mil duros á que hay baja,
veinte mil á que hay subida, (Rapidez.)
os vuelvo á unir á los dos.
Estás hoy fascinadora.
Adios, prima encantadora.
Ea, adios.—Adios, adios.
ENRIQ. ¿Conque nos vas á dejar?

MANUEL. ¡Ya ves! Aunque otro es mi anhelo..

FELIX. ¡Vamos!...

MERC. ¡Ah! Toma un pañuelo
y no dejes de almorzar.

FELIX. ¡Bien!...

(Los apartes siguientes casi simultáneos.)

ENRIQ. (Se ha de acordar de mí.)

MERC. (Con paciencia Dios me asista.)

MANUEL. (La voy á perder de vista.)

FELIX. (Me duele dejarla así.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

FELIX, MANUEL, ENRIQUETA, DOÑA CLARA. Doña Clara y Felix aparecen sentados cerca del velador, que está inmediato á la chimenea, y Manuel, de pie, apoyado en esta. Enriqueta sentada al piano. Las bujías de los candelabros de la chimenea encendidas, como tambien las de los velarios del piano.

CLARA. Niña, que se está enfriando. (Por el café.)

ENRIQ. Tómenlo ustedes; no importa.

(Sin dejar de tocar.)

MANUEL. Esquisito: esto es café!

FELIX. ¿No es verdad? ¡Tiene un aroma!...

(Enriqueta toca el aria «Addio del passato» de la Traviata.)

Lo que es para cafetera

Mercedes se pinta sola.

MANUEL. ¡Pobrecita!

FÉLIX. ¿Empiezas ya?

MANUEL. Es contigo tan mimosa!...

FELIX. Quita allá, que me das rabia!

CLARA. ¿Secretitos?

MANUEL. No, señora.

FELIX. No, le decía que ántes
con el bocado en la boca

me iba al café. Pero un día,
no recuerdo por qué ahora,
tuve que quedarme en casa;
y, amigo, me dió esa una moka
tan rico, tan delicioso,
que desde entónces no hay forma
de arrancarme de esta casa,
si ántes café no se toma;
y si cómo fuera, creo
que me falta alguna cosa.

MANUEL. No, no, y es que cada día
es inejor.

FELIX. Lo perfecciona.
Siempre está pensando en eso:
es su orgullo.

CLARA. Porque es tonta.
Tú no mereces que ella,
por darte gusto, se ponga
á ser casi una criada.

MANUEL. Cá, no, no, tía; así logra
sujeto en casa tenerlo
una hora más.

CLARA. —Niña, ¿tomas
esa taza?

ENRIQ. Venga.

FELIX. ¿Al cabo
triunfa el café de las notas?

CLARA. (Firme.) (Á Enriqueta.)

ENRIQ. Para todo hay tiempo.

MANUEL. Pues lo que es á mí me asombra
que estando con tu Traviata
te halles á venir tan pronta.
Tú no puedes figurarte
lo que esta criatura toca
esa pieza.

ENRIQ. Y hago bien:
me gusta!

CLARA. Y á más toda
la gente que es *diletante*,
quiero decir, *virtuosa*,
le entusiasma la expresion,
el sentimiento que brota

de los dedos de esta niña
cuando en las teclas los posa
para ejecutarla. Hoy
se la ha oído una persona
que entiende un poco de música;
algo más que un poco; ¡toma!
como que es francés!...

FELIX. ¡Ah! entónces...

CLARA. Pues nada, hijo, en una hora
tres veces se la ha escuchado.

MANUEL. Ese no habrá sido el posma
de Alfredito!

ENRIQ. Si que ha sido.

Ya ves, lo que te incomoda
á otros les gusta.

MANUEL. ¡Tu mérito!...

ENRIQ. No; más será el de la ópera.

CLARA. Eso sí; no es por ajarte.
Mas ¡qué Traviata! no hay otra.
Es verdad que aquel libreto
tiene un interés que arroba.
¡Qué último acto!

MANUEL. ¡Oh! sí, el último...

Lo que es á mí me enamora.

—Figúrate que Violeta (Á Felix.)

aparece en cama y sola,
tose que tose. La fámula
oye la tos, se atolondra
y llama al médico. Éste
pulsa, pregunta, inspecciona,
y frunce el hocico, como
si dijera en buena prosa:
»amigo mio, esta chica
se nos marcha por la posta.»
Ella tose, y él se va.
Entra el hombre que la adora;
ella se lanza del lecho,
—no te rias, lleva ropa,
que por decencia se acuesta
siempre vestida y con botas:—
se abrazan: tose otro poco,
y entre llantos y zozobras,

y entre ternezas y abrazos,
echa el pulmon por la boca,
y muere regenerada,
y va derecha á la gloria.
¡Todo esto cantado!

FELIX. ¡Hombre!

ENRIQ. ¿Sabes que aunque muy graciosa
y muy picante y muy fina,
no me ha hecho gracia tu historia?

MANUEL. ¿Qué remedio!

ENRIQ. No contarla.

CLARA. Parece que te alborozas (Á Manuel.)
aguarle los gustos. (¡Firme!) (Á Enriqueta.)

ENRIQ. Déjalo. Si es que le enoja
hasta el ver que me distraigo.
¿Quisieras verme llorosa
devorando los ultrajes
que recibo á todas horas?
Pues no señor!

FELIX. Enriqueta!

MANUEL. Vamos, vamos!

CLARA. (Anda, tonta.)

ENRIQ. Ya hasta mis más inocentes
distracciones te incomodan.

MANUEL. Tengamos la fiesta en paz...

ENRIQ. Y esto cuando me abandonas
por entregarte á tus vicios;
cuando en matarme te gozas.

MANUEL. Mujer, mira que hoy me tienes
hasta aquí! No hagas que rompa,
que eso te tiene más cuenta.

ENRIQ. Es que si á hablar me provocas...

FELIX. Vamos, vamos; sois dos chicos.
Ir á armar una camorra
por quitame allá esas pajas...

CLARA. Si él le pincha... Ella...

FELIX. Si es broma!

ENRIQ. ¿Pero no ves cuál se pone?

FELIX. Es un niño, y tú una loca.

CLARA. Es que así sucede siempre.

ENRIQ. Y esto ya no es vida.

FELIX. ¡Oiga!

¿Reniegas ya de las riñas
y apeteces otra cosa?
Pues oye un cuento, y aplícalo,
que, aunque de vieja, te importa.

—
Era vez de un matrimonio
como otros muchos del día:
la mujer toda una arpía
el hombre el mismo demonio.
Por «si me has hecho un desaire,»
por «si aquellos te miraban,»
todo el santo día andaban
los bártulos por el aire.
Ella, sin piedad ni miedo,
lo ponía como un trapo,
y él la daba cada lapo,
hija, que cantaba el credo.
Meter paz quiso el alcalde;
no tuvo tanta ventura;
intentó lo mismo el cura;
tampoco: todo fué en balde.
El cuerpo de ella era un mapa,
cuya vista daba horror,
y su cardenal menor
podía pasar por papa,
sic que el marido el *te absolvo*
dijera que Cristo enseña...
—aunque ya no hallaba leña
con que sacudirla el polvo;—
cuando héte aquí que un señor
de peluquin y casaca
—igual al que muelas saca
á caballo y sin dolor,—
llega á la aldea á vender
cierto remedio eficaz
para tener siempre paz
entre marido y mujer.
Oír decir que vendían
tal manantial de concordias,
ella,—á quien ya las discordias
de su casa le dolían,—
(Como quien siente molestia en la espalda.)

é ir á la plaza anhelante,
más que al paso, á todo trote,
á hacerse con algun bote,
obra fué de un solo instante.

—Hablabá el del peluquin:—

«Teniendo en la boca un buche
de este agua, no hay azebuche
que al más remoto confin
del cuerpo se atreva ya.

Si el marido se sofoca,
diez minutos en la boca
el buche, y se calmará.

¡Diez minutos! No haya error!

Esta es la que se propina
la emperatriz de la China
cuando riñe el Gran Señor.»

—Probó; y por tan cierto pasa
como lo es la letanía,
que desde aquel fausto día
en aquella santa casa,

—gracias al dichoso bote
que cual reliquia se enseña,—
ya no se almorzó más leña
ni se comió más garrote.

Síntesis: den las más foscas
por respuesta... la callada.

Moral: en boca cerrada
jamás han entrado moscas.

ENRIQ. ¡Es decir que en nuestras riñas
yo tengo la culpa toda
por no callar!

FELIX. No sé.

MANUEL. Aplícalo.

CLARA. Pues, hijo, esta no es tan boba
como la pobre Mercedes.

ESCENA II.

DICHOS, MERCEDES.

MERC. En nombrando al rey de Roma..

- FELIX. ¿No se me guarda mi taza?
Sí, hija mia, sí, perdona.
Ahí la tienes con su azúcar,
su cucharilla y...
(Sirviéndole el café con extremada solicitud.)
- MANUEL. (Hipócrita!)
 Compara!
- FELIX. ¡Sí! desfilemos!
- CLARA. ¿Y el niño?
- MERC. Fuí una medrosa.
Parada ¹—el médico—dice
que hoy la calentura es corta.
- FELIX. Pues qué, ¿está?...
- MERC. Impertinentillo.
- FELIX. ¡Bah, bah! por nada te azoras.
—¿Vamos á echar un cigarro (Á Manuel.)
á mi cuarto?
- MANUEL. Sí.
- CLARA. Y nosotras (Á Enriqueta.)
á ver si ha traído eso
la modista.
- MANUEL. (¡Uy! ¡Pobre bolsa!)
Vamos. (Á Felix.)
- ENRIQ. (Cuando hay gente extraña
bien te luces á mi costa.
- MANUEL. ¡Mujer!...)
- ENRIQ. Anda, anda á fumar.
- MANUEL. (Échala un sermón y dómala.) (Á Mercedes.)
- MERC. (Vuelve, que tengo que hablarte.) (Á Manuel.)
- FELIX. (Que hoy vamos á hacer la gorda.
Templa á tu mujer.) (Rápido á Manuel.)
- MANUEL. (Á Enriqueta, muy meloso.) Chiquita...

1 El autor de esta comedia no puede ménos de consignar este nombre propio, que es el de un jóven médico de esta córte tan apreciable por sus excelentes dotes morales, como distinguido por su sólida instruccion en la noble y difícil ciencia que profesa. Á ello le mueve la amistad que le une con quien tan dignamente lo lleva, y la gratitud que le merece, porque, despues de Dios, ha debido su salud, y tal vez su vida, á su celo y sus conocimientos.

- ENRIQ. (¡Ya nos veremos á solas!)
(Pellizcándole en el brazo.)
—Voy, Clara. (Indicándole que la seguirá.)
- MANUEL. (¡Ó viudez, ó muerte!)
(Al cielo, y llevándose la mano al brazo.)
- FELIX. (Éste al fin se desahoga.)
(Mirando con envidia á Manuel.—Antes habrá pasado adonde está Mercedes y la habrá acariciado.)
- CLARA. *Ó revuar*—hasta la vista.
(Á un movimiento de Manuel, y váse.)
- FELIX. *Á la bon her*—hasta ahora.
(Burlándose de Doña Clara. Váse seguido de Manuel por el foro derecha.)

ESCENA III.

MERCEDES, ENRIQUETA.

- ENRIQ. ¡Qué iguales son! ¡Qué igualitos!
Por un cigarro nos dejan.
- MERC. ¡La costumbre! ¡Qué han de hacer?
Desde niños los enseñan.
- ENRIQ. ¡Uy!... siempre la misma!
- MERC. Prima,
hablemos de cosas serías.
¿Qué has pensado de ese baile?
- ENRIQ. Mira, ya estaba resuelta
á quedarme en casa.
- MERC. Bueno.
No sabes cuánto me alegras.
Porque, mira, no es que yo
que des un mal paso tema,
no. Pero, prima, ese Alfredo
te rogó con tanta fuerza
que no faltaras, estuvo
tan pesado en su insistencia,
y al rogarte te miraba
yo no sé, de una manera,
que me parece.—perdona,—
me parece que si fueras
acudías á una cita...
- ENRIQ. ¿Qué estas diciendo? Tú sueñas.

- MERC. Alfredo... ¡Pobre muchacho!
Bien, tú dirás lo que quieras.
Pero, hija, tantas visitas!...
- ENRIQ. Es muy fino.
- MERC. Si lo piensas
verás lo que yo. He notado
que se toma unas franquezas
contigo...
- ENRIQ. Vamos, Mercedes,
ves visienes, exageras.
- MERC. Y luégo dale que dale
con contarte las flaquezas
de Manuel! Yo no he creide
ni una palabra, ni media,
de cuanto ha dicho; mas pienso
que aunque fuesen verdaderas,
no estaba bien ir á darle
á una señora esas nuevas
de su marido.
- ENRIQ. Es mi amigo!
- MERC. Pues por lo mismo debiera
hablar de otro modo. Mira
qué pronto le até la lengua
en cuanto fué á hablar de Felix!
- ENRIQ. Pero, hija, y aunque así sea,
yo ¿qué he de hacer? No lo creo.
Mas basta que un hombre sepa
que su marido abandona
á una mujer que no es fea,
para creer que se halla
autorizado á quererla
y á decírselo. Yo, hija,
¿quieres que me ponga séria
porque zutano ó mengano
me mira ó me galantea?
¡No fuera poco ridiculo!
- MERC. ¿Pero no ves que das pena
á tu marido?
- ENRIQ. Que pene!
¡Vaya! Que él en más me tenga;
que lo haga ver, y no habrá
un hombre que se me atreva.

- MERC. Hija, la desventurada
que en nuestro estado se encuentra,
á dar que decir al mundo
más que ninguna está expuesta.
«Su marido la abandona.»
»Por qué será? Tal vez ella...»
Y hay que andar con piés de plomo,
porque si no... ya ves, cuentan
lo que no es verdad.
- ENRIQ. Bien, sí.
- MERC. ¿Mas yo, qué he de hacerle? Piensa
quo tú más que él vas perdiendo.
- ENRIQ. Pero si un hombre me asedia...
- MERC. ¿Crees tú que á mí ninguno
de amor me habló?
- ENRIQ. Enhorabuena.
Ya ves que es de ellos la culpa.
- MERC. Pero, hija, la pena es nuestra.
- ENRIQ. ¿Y cómo evitarla?
- MERC. Haciendo
lo que he hecho yo.
- ENRIQ. ¡Ah! tú te encierras
en tu casa por no oír...
¡Chica, chica, eso es ser necia!
¿Conque porque mi marido
goce y triunfe y se divierta
me he de convertir en monja
y he de hacer mi casa celda?
No faltaba más! ¿Qué premio
te valdrá tal penitencia?
- MERC. Me valdrá que cuando Felix
un dia, que siempre llega,
vuelva en sí y desee calma
y ansie la paz doméstica,
vendrá á mí y será dichosa
porque he sabido ser buena.
- ENRIQ. Comprendo. Cuando él sea viejo!
cuando tú te encuentres vieja!
¡Vaya un porvenir de rosas!
- MERC. Ahora sí que tú exageras.
Ya á Felix de lo que hace

- le remuerde la conciencia:
no tardará en ser muy otro.
- ENRIQ. ¿Y en tanto que se resuelva?...
- MERC. Paciencia.
- ENRIQ. ¿Y si se arruina?
- MERC. Paciencia.
- ENRIQ. ¿Y si te desdenea?
- MERC. Callar.
- ENRIQ. ¿Y si quiere á otra?
- MERC. Hija, callar y paciencia.
- ENRIQ. ¿Y dices tú que le quieres?
- MERC. Más que nunca!
- ENRIQ. No lo creas.
La que cual tú se conforma
no puede querer de veras.
Eso es frialdad, no cariño.
- MERC. ¡No digas eso, Enriqueta!
(Enera de sí y con mucha energía.)
Cuando así traducen este
puro amor que mi alma llena,
noto que mi fe vacila,
siento que me faltan fuerzas!
- ENRIQ. Prima, tú te has educado
en muy diferente escuela
que yo. Desde pequeñita
ya preferiste á la nuestra
la sociedad de tu ama
de leche. De aquella vieja
que Clara ver no podía.
- MERC. ¡Oh! sí; pobre Magdalena!
De ella, aunque en hablar tan ruda,
aprendí yo esta sentencia:
«El ser buena es una ganga.
Para ser feliz ¡ser buena!»

ESCENA IV.

DICHAS, MANUEL.

- MANUEL. Aquí me tienes, Mercedes.
—Hola, está contigo ésta?...
- (Quiere hacerle una caricia.)

- ENRIQ. ¡Quita! Hueles á cigarro.
MERC. (¡Mujer!)
MANUEL. (¿Otra pelotera?)
Me aparto.
ENRIQ. No te molestes.
Os dejo, porque me esperan
para que el traje de baile,
que acaban de hacerme, vea.
MANUEL. (Y aquel varon pacientísimo
á todo callaba.)
MERC. (¿Intentas
ir al baile?
ENRIQ. ¿No he de ir?
MERC. Haces mal.
ENRIQ. Ya estás molesta.
¿Te pido consejos yo?) (Váse.)
MANUEL. ¿Ves? ¿ves qué cara de fiera?

ESCENA V.

MERCEDES, MANUEL.

- MERC. ¡Su carácter!... Quiero hablarte
cabalmente para eso.
MANUEL. ¿Vas á echarme una peluca
tú también? Mira que tengo
razón, que ya me rebosa
por cima de los cabellos.
¿No ves qué modo de irse
cuando con tal mimo vengo?
MERC. Bien, Manuel; mas donde hay lucha
no puede haber nada bueno;
y entre dos lucha no existe
si uno de los dos no es terco.
MANUEL. Pero si soy un bendito!
MERC. No tanto. Tú le das celos.
Y eso agriándola el carácter,
da el resultado que vemos.
¡No te santifiques!...
MANUEL. Mas
si cuando yo ni aun pretexto
daba para que así fuera

ya era así.

MERC. No disputemos.

MANUEL. Pero si yo...

MERC. Si, si, tú

¡ya eres bueno!

MANUEL. Y más que bueno!

Ni hecho de encargo se halla
un marido más completo!
Me estaba mirando en ella,
no tenía más deseos
que darle gusto... Porque
la quería con un fuego!...
de una manera, Mercedes!...
¡Qué la quería! La quiero.
A pesar de todo, estoy
tan amelonado y ciego,
que hay que tomar un trapito,
cogerme con mucho tiento
y echarme por la ventana.

MERC. Entónces, ¿por qué viviendo
estás del modo que vives?

MANUEL. Hija, porque no hallo medio!
Si ella fuera como tú...

Pero, no señor. Que entro
un poco tarde... ¡camorra!
—que me marcho.. ¡otra te pego!

Y si toso, si estornudo,
si algo escribo, si bostezo...
por lo más pueril y tonto
armada ya la tenemos.

Mira: tomé la costumbre
de escribir en un cuaderno
lo que gastaba: ponía

«café; teatro, vegueros...
etcétera.» Las etcéteras.

hija, aquí se le pusieron; (En el entrecejo.)
y en un año no le oímos
más que repetir con ceño:

«¿qué etcéteras serán estas
que cuestan tanto dinero?»

MERC. Ya ves! Tú mismo lo dices. (Sonriendo.)

Todo es de su amor exceso.

MANUEL. Será; mas yo no he nacido
para encender tales fuegos.
Si eso es querer demasiado,
que se temple y quiera menos.

MERC. Pillito! Si tú estuvieras
en tu casa...

MANUEL. Es que no puedo!
No creas, no es por mi gusto.
Es porque si en ello pienso,
un día cojo el revólver
y me hago volar los sesos!

MERC. Manuel, mira: ella es así.
De parte de quién creemos
que debe estar la prudencia?

MANUEL. De... (Rápidamente.)

MERC. No: de la del más cuerdo.
Esto es ir muy mal, Manuel.
Ella es buena: yo lo veo;
pero como tú estás siempre
fuera de tu casa, y luégo,
por más que digas, la tratas
con poco ó ningun afecto,
ella se fastidia aquí
y, Manuel,—piensa bien esto—
la mujer que sólo hastio
en los cuidados domésticos
encuentra, no te diré
que se incline á devaneos
precisamente, mas cerca
se encuentra ya de quererlos.

MANUEL. ¿Qué? ¡Tú sabes algo?...

MERC. (Sonriendo.) ¡Quita!
No: sus instintos son rectos;
conoce bien sus deberes...
te tiene cariño; pero
se fastidia!

MANUEL. El francesito!...
Yo tengo escama hace tiempo...

MERC. ¡Qué disparate! Ni ese
ni ninguno de los ciento
que viendo que la abandonas
la rodean, debe el sueño

quitarte. Mas es tan jóven,
tan linda, con tal gracejo,
que no puede su marido
exponerla á los obsequios
de los mil, que tus flaquezas
le cuentan para hacer méritos.
Figúrate, qué desgracia
para los dos, si por esto
se le antoja al mundo un día
forjar de Enriqueta un cuento.
Tú sin honra y en ridiculo;
ella blanco del desprecio;
y hasta aquel pobre angelito,
fruto del cariño vuestro,
que os habeis dejado en Francia,
olvidado, si cual pienso
ve á sus padres separados
y sin bienes,—porque temo
que al paso que vais los dos
pronto llegará ese tiempo,—
hasta aquel ángel va á verse
en vuestra desgracia envuelto.

(Manuel se lleva una mano á los ojos y va á con-
testar cuando eye á Feliz y se queda easimismado.)

ESCENA IV.

DICHOS, FELIX.

- FELIX. ¡Hola! ¿Hay conferencias!
MERC. Sí.
FELIX. Te sermonea. ¡Preciso! (Á Manuel.)
MANUEL. No. (Secamente.)
FELIX. ¿No? pues con tu permiso.
—Oye: tienes por ahí
(Á Mercedes, muy mimoso.)
la llave del jardin?
MERC. Creo
que en mi cuarto. ¿Te la doy?
FELIX. Hazme el favor. Quiero hoy
llevarla, porque preveo
que hemos de volver muy tarde.

- Así con más libertad
vamos, sin necesidad
de que nadie nos aguarde.
- MERC. Bueno. . .
- FELIX. ¡Manuel!
- (Dándole en un hombro, como para sacarlo de su ensimismamiento.)
- MANUEL. (Tratando de disimular.) ¿Es decir
que hay otra puerta en la casa?
- FELIX. Sí: por donde nadie pasa.
¿No la has visto ahí al salir
en la cerca!
- MANUEL. ¡Ah! sí. Ya caigo. (Distraído.)
- FELIX. Volviendo por esa puerta
(Señalando á la del pasillo del foro.)
á ninguno se despierta.
- MERC. Conque, Felix, te la traigo?
- FELIX. Sí, hija, sí.
- MERC. Pero venid
prontito; ¿sí?
- MANUEL. ¡Sí!
- FELIX. Se hará
lo posible. (Con cómica formalidad.)
- MERC. Esto ya está
casi fuera de Madrid...
y de noche... ya tú ves...
siempre tarde se retira. (Á Manuel.)
—Mudémonos. (Á Felix.)
- FELIX. No, no; uira,
aunque el jardín chico es,
¿piensas tú que vas á hallar
casa con él en el centro?
Tú no sales de aquí dentro
y tienes que pasear.
Que hay distancia? Me la zampo:
y si no tomando un coche...
De día bien; mas de noche...
Esto linda con el campo...
Y te asustas, ¡ya se sabe!
No seas niña. Con el gas
y los serenos á más...
Anda, corre por la llave.

- MERC. Bien. Voy á traerla y...
á hacer al niño un cariño.
(Como para recordárselo.)
- MANUEL. ¡Qué madraza! (Contemplándola con envidia.)
- FELIX. (Sonriendo.) Siempre el niño!
- MERC. ¡Se parece tanto á tí!
(Bajando los ojos. Váse.)

ESCENA VII.

FELIX, MANUEL.

- MANUEL. ¡Ya ves! Compara!
- FELIX. ¿Con qué?
- MANUEL. Con todas, sin excepcion.
- FELIX. ¿Hasta con tu Concepcion?
- MANUEL. ¡Bah! No me hables de eso!
- FELIX. ¿Eh?
Chico, ¿tú echas gravedad?
- MANUEL. Estamos siendo dos pillos.
- FELIX. ¡Pero tiene unos ojillos
tan tunantes!...
- MANUEL. ¿No es verdad?
- FELIX. Y luégo aquel contoneo,
y aquel mimo y aquel trato...
¡Vamos á pasar un rato!...
- MANUEL. No, yo no voy.
- FELIX. ¿No?... Te veo!
- MANUEL. No, no: es que estoy decidido.
- FELIX. ¡Ah! ¿vas á darte importancia?
Pues la idea de ir á Francia
¿de quién, gran tuno, ha salido?
- MANUEL. De mí. Mas si me desuellas
no voy ya.
- FELIX. Pues si no vamos...
te aseguro que quedamos
ambos lucidos con ellas.
- MANUEL. Modo habrá de que recobres
tú con la tuya tu puesto.
Lo que es á mí!...
- FELIX. ¡Y para esto
plantar á las otras pobres!

- MANUEL. Chico, chico, harto han chupado!
La Juana era doña Pido.
- FELIX. No, pues si yo me descuido
me come Inés un costado!
- MANUEL. Pues, hombre, si aún te contristan
no serás tú poco tonto.
Si no las dejamos pronto
nos dejan ellas *per istam!*
Mira, aquí debo tener...
(Buscando en el gaban.)
—¿En dónde lo he puesto yo?—
¡Ah! la Juana me mandó
(Dando con lo que buscaba.)
este regalito ayer.
(Una cuenta de modista.)
- FELIX. Hombre; sí: te sale cara.
(Después de ver el importe.)
- MANUEL. Y eso es los trajes, que luégo!...
- FELIX. Pero, chico, echa eso al fuego.
Si tu mujer lo pillara!...
- MANUEL. Calla, tonto, qué he de echar!...
¿Piensas tú que esto se aguanta?
Esta cuenta, esa tunanta
se la tiene que tragar. (Se la guarda.)
- FELIX. ¡Un trueno! chico, tú vales
un Perú. Estoy á tu lado.
Andando!
- MANUEL. Aunque bien pensado,
como todas son iguales...
- FELIX. Hombre, eso no: las de ahora
dignas son de que se aprecie...
- MANUEL. Bien: esas son de otra especie.
- FELIX. La mia es una señora.
- MANUEL. ¿Pues y la otra? ¡Una *mis!*
Y de muy noble apellido.
- FELIX. Y hasta ahora, más no han pedido
que ese viajillo á Paris.
- MANUEL. Sí; la verdad se confiesa.
- FELIX. Verás cómo nos desquitan
estas. ¡Ya ves tú! ¡Nos citan
al baile de la condesa!...
- MANUEL. Yo no voy.

- FELIX. Vaya si irás!
- MANUEL. No!
- FELIX. Pero ¿qué te ha pasado?
- MANUEL. Hombre, nada; que he pensado y me transformo: no hay más.
- FELIX. Embustero!... ¿qué has de hacer? (Riéndose.)
- MANUEL. No hay remedio en lo humano.
- FELIX. ¡Muchacho!—Aquí anda la mano (Ocurriéndosele de pronto.) de mi señora mujer.
- MANUEL. Es verdad.
- FELIX. Si hablar la dejas...
¿Pero cómo ha sido esto?
- MANUEL. No lo sé; pero me ha puesto coloradas las orejas.
- FELIX. ¡Cá! ¡Si no es anfibológica la niña!
- MANUEL. Y sus opiniones apoya en tales razones! y con tal fuerza de lógica!...
- FELIX. Ya conozco!...
- MANUEL. Me ha hecho ver que, ó yo me aparto del vicio, ó que voy á un precipicio y á él arrastro á mi mujer; y, ó me convierto este invierno, ó paso la pena negra.
- FELIX. Á ti te lo digo, suegra, entiéndelo tú, mi yerno. (Señalándose.)
- MANUEL. Y en fin, que soy un truhan me ha demostrado con maña.
- FELIX. Nada; chico, no me extraña. ¡Si sabe más que Brijan! Aunque es así tan sencilla, cuando una cosa repudia... ¡yo no sé con quién estudia esa pícara chiquilla!
- MANUEL. Y luego, chico, el francés...
- FELIX. Bah! bah! no pienses en eso.
- MANUEL. Me escama; te lo confieso. Si ahora diera yo un trapiés... Y esto también... ¿Qué dirías

(Indicando dinero.)

que me cuesta esta campaña?

FELIX. No sé.

MANUEL. ¡Yo que vine á España
para hacer economías!

FELIX. ¿Qué? ¿Estás mal?...

MANUEL. ¿Mal? No. ¡Peor!

FELIX. ¿Pues tu mujer llevó un dote!...

MANUEL. Sí, sí! No tomó mal trote.

FELIX. ¿Y la tia?

MANUEL. Es un horror
lo que tira. En cada moño
gastar sabe un Potosí.
Su último maravedí
se fué en vestidos de otoño.

FELIX. Y aunque tronada se ve
¿no se acorta? ¡Es mucha Clara!

MANUEL. Pues si yo la abandonara...
que no la abandonaré...

FELIX. Bien, bien, eso me complace.

—Aunque esa pícara vieja
á tu mujer aconseja
todo lo malo que hace.

MANUEL. Ya lo sé!

FELIX. ¡No, y tú tambien
dices tanta patarata!

Mientras más mal se la trata
(Confidencialmente.)

se les debe hablar más bien.
—Como Enriqueta no es sorda...

MANUEL. Ni muda tampoco.

FELIX. Estoy,
Mímala siempre, y más hoy
que vamos á hacer la gorda.

MANUEL. No, chico, yo no me pierdo.

FELIX. Mas ¿qué diran?

MANUEL. Lo que quieran.

FELIX. En el baile nos esperan
para ponerse de acuerdo
sobre el viaje y...

MANUEL. Sí, sí.

Mas no quiero más quimeras.

FELIX. Bueno, tú harás lo que quieras;
más yo me marcho sin tí.

MANUEL. ¡Á Francia?

FELIX. ¡Á Francia! Á gozar;

á no ver estas paredes,
á vivir donde á Mercedes
pueda un momento olvidar!

MANUEL. ¡Tener un ángel y huir!

FELIX. Lo sé, lo sé; más tú ignoras
que en mis más alegres horas,
cuando ya comienza á hervir
mi cerebro—que dormía
de las copas al compás—
en los instantes que más
me emberrenchino en la orgía,
cuando todos allí son
tan felices como cabe,
¡su imágen dulce y süave
viene á helar mi corazon!

MANUEL. Enmiéndate.

FELIX. (Con amargura cómica.) ¡Sí! Ya baja.

MANUEL. Hombre, no seas chiquillo!

FELIX. Lo que entra con el capillo...

MANUEL. ¡Bah!

FELIX. Sale con la mortaja.

—Vaya, me voy á vestir.

(Sacudiendo las ideas anteriores.)

Acompáñame siquiera

al baile. De esa manera

te disculpas y...

MANUEL. Por ir...

mas como aquella es tan franca,
preguntará á dónde vamos.

FELIX. Que á una junta, contestamos.

MANUEL. ¿De frac y corbata blanca?

(Felix se para un momento á la salida de Manuel.)

FELIX. El tapabocas... así...

(Haciendo la accion de cubrirse el cuello.)

y luégo con los gabanes... (Id. el cuerpo.)

Ven.

CLARA. ¿Junta de rabadanes? (Salicado.)

¡Pobres ovejas!

FELIX.

¡Oh! aquí

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA CLARA.

¿usté? (Adúlala, Manuel.)

—¡Qué jóven está esta noche!

(Á Manuel, por Clara.)

Es la rosa cuyo broche!...

MANUEL. No, no, ¡es el fresco clavel!...

(Imitando el tono exagerado de Felix.)

CLARA. ¡Niña! (Llamando.)

ENRIQ. (Dentro.) Voy.

FELIX. (Tu cara esposa.

(Á Manuel rápidamente.)

Huyamos del trueno gordo.)

CLARA. Aguardaos. (Queriéndolos detener.)

FELIX. (Á Manuel.) (Hazte el sordo.)

MANUEL. Es el clavel!...

(Marchándose, pero recelando de Clara.)

FELIX. ¡Es la rosa!...

(Vánse hablando entre sí.)

ESCENA IX.

DOÑA CLARA, ENRIQUETA, á poco MERCEDES.

Enriqueta aparece en la puerta derecha al desaparecer Felix y Manuel por el foro, y Doña Clara muy alarmada se dirige rápidamente á ella.

CLARA. ¡Esos tunos, hija mia, flores me han estado echando. (Fuera de sí.)

ENRIQ. ¿Y eso?... (Sin comprender.)

CLARA. Eso es que están tratando de hacer una picardía.

No lo dudes. Vive alerta!

MERC. ¿Y Felix?

(Saliendo por la primera puerta izquierda. Trae una llave en la mano.)

ENRIQ. Ahora se ha ido.

- CLARA. ¿Qué le quieres?
MERC. Me ha pedido (Viene llorosa.)
la llave de la otra puerta.
- ENRIQ. ¿De cuál?
MERC. (Muy preocupada.) De la del jardín.
- CLARA. ¿Ves lo que yo te decía? (Á Enriqueta.)
¿Y la traés?
- MERC. ¡Vaya, tía!
(Dejando la llave sobre un velador.)
¿Pues qué he de hacer? Esto al fin...
cuando medios que rebocen
sus flaquezas van buscando,
muestra que vamos ganando,
pues ya que obran mal conocen.
- CLARA. Tonta, más que tonta! Ahora
podrán entrar y salir,
sin dejar apercibir
cómo y cuándo y á qué hora!
Ríñela cual yo la riño. (Á Enriqueta.)
- ENRIQ. ¿Estás llorando, mujer?
CLARA. ¿Qué tienes?
- MERC. ¡Qué he de tener,
que se me muere mi niño!
- ENRIQ. Su respirar era bronco...
CLARA. Es de llorar.
- MERC. No, señora.
Ya el pobrecito no llora;
se me ha quedado hecho un tronco.
- CLARA. El médico...
MERC. Ya ha ido Pepa
por él.
- CLARA. Eso no será
nada.
- ENRIQ. Nada, sí.
MERC. ¿Sí?...
ENRIQ. (¡Ah!...
(Viendo la llave que ha dejado Mercedes en el ve-
lador.)
No saldrá sin que lo sepa.)
(Guardándose la de manera que lo vea el público.)
—Pues nos quedaremos.
- CLARA. No.

¡Vaya! por una bobada...
Eso al fin no será nada.

ESCENA X.

DOÑA CLARA, ENRIQUETA, MERCEDES, FELIX, MANUEL.

- FELIX. ¿Se murmura? Aquí estoy yo.
CLARA. ¿Qué? ¿Os marcháis?
(Felix y Manuel traen cubierta la corbata blanca con el tapabocas, y el frac con el gaban.)
FELIX. Y á toda prisa.
ENRIQ. Tú te tienes que quedar.
(Á Manuel, con cierto aire.)
MANUEL. ¿Sí?...
ENRIQ. Nos has de acompañar al baile de la condesa.
FELIX. ¡Uy!
MANUEL. ¡Me dejó sin resuello!
ENRIQ. No he de ir sola con la tía.
MANUEL. Es que... (Yo me quedaría; mas ir y que note aquello...) Hija, eso no puede ser.
CLARA. Disculpa! (Casi á un tiempo.)
ENRIQ. Engaños!
CLARA. ¡Parolas! (id.)
ENRIQ. ¿He de ir sola?
CLARA. ¿Hemos de ir solas? (id.)
FELIX. ¡Eh! dejáos entender. Este iría. Sí, señor. —Pero está enfermo un amigo (De pronto.) y le va á velar conmigo. (Dáme la llave.) (Rápidamente á Mercedes. Esta la busca.)
CLARA. ¡Ay, qué horror!
Ya halló por donde escapar.
ENRIQ. ¡Cá! Si éste tiene un cacúmen!...
FELIX. (No cedas.
MANUEL. Aunque me emplumen. ¡Irme entre ambas á zampar!)
CLARA. Pues yo no sé que se use que siempre tan sola esté

- una esposa.
FELIX. Diré á usted...
(¡Esa llave! (Á Mercedes.)
- MERC. Aquí la puse .. (Aturdida.)
- ENRIQ. Pues yo no me he de mostrar
más en público sin tí.
- MANUEL. Eso quiero yo.
- ENRIQ. ¿Sí?
- MANUEL. Sí.
Ya eso da que murmurar!
- CLARA. Pues nos das un gusto, hijo! (Rápido.)
- MANUEL. Pues mayor le tengo yo!
- ENRIQ. Pues nada, esto se acabó.
Lo quieres...
- MANUEL. Es más, ¡lo exijo!
- ENRIQ. Pues al tocador.
- CLARA. (¡Si es broma!
Tratándolo á la baqueta,
(Á Enriqueta, muy satisfecha.)
ya ves cómo se sujeta)
- MANUEL. No, yo hoy no puedo...
- ENRIQ. ¿No? Toma,
(Dándole una cuenta.)
- FELIX. (¡Eh! mujer, vamos, que espero.) (Á Mercedes.)
- MANUEL. ¿Qué es esto? (Por la cuenta sin desdoblarla.)
- ENRIQ. ¿No está á la vista?
La cuenta de la modista.
- MANUEL. ¿La cuenta? (¡Adios mi dinero!)
Pues bueno, la pagaré,
(Después de ver la suma, y guardándose en la
faltriquera interior del gaban, casi fuera de sí.)
y con diez mil de á caballo
dejadme!
(Enriqueta, Manuel y Clara siguen disputando
acaloradamente por lo bajo.)
- FELIX. (¡Hija!.. (Á Mercedes, muy impaciente.)
- MERC. No la hallo.
- FELIX. ¡Hola!... ¿Empiezas tú?...
(Cada vez más incomodado con ella.)
- MERC. ¿Yo? ¡Qué!...
(Sigue disculpándose.)
- ENRIQ. Y no es eso solo, no!

Es que ahora mismo me visto
y al baile voy.

MANUEL.

(¡Jesucristo!

¡Si algo huele!...)—No, es que yo...
no te lo permito.

(Mercedes vuelve á buscar la llave y á escuchar á
la puerta del cuarto en que se supone al niño.)

ENRIQ.

¿Qué?

CLARA.

Pues irá.

MANUEL.

Es que yo lo impido.

(Siguen hablando.)

FELIX.

(¿La hallaste? (Tratando de reprimirse.)

MERC.

No, la he perdido.

FELIX.

No quieres que salga, ¿eh?

¿Aprendes?...

(Señalando al grupo que forman Manuel, Enrique-
ta y Clara, que siguen disputando.)

MERC.

¿Dónde la he puesto?

(Queriendo recordar.)

Como el niño ha empeorado (Muy afligida.)

tanto... no sé... me he atontado.

FELIX.

¿Conque el niño? Otro pretexto!

¿Al cabo empiezas?

MERC.

(Maquinalmente.) Perdon.

FELIX.

Tú no te figurarás

el gran gusto que me das.

¡Ahora ya tengo razon!

MERC.

¡Oh!

(Durante el aparte de Félix á Mercedes no han de-
jado de disputar los del otro grupo.)

ENRIQ.

Á vestirnos!

(Mercedes va y viene á escuchar á la primera puer-
ta izquierda: puede desaparecer por un momento.)

CLARA.

Vamos.

MANUEL.

Id.

Esto no hay ya quien lo aguante!

(Chico, á París al instante. (Rápido á Felix.)

FELIX.

Hombre, ¡bravo! ¡eres un Cid!

ENRIQ.

Entéralo.

(Á Manuel, al notar que habla aparte con Felix.)

CLARA.

No harás mal! (Con soflama.)

ENRIQ.

¡Que un hombre su ingenio emplee

- en tal miseria!
- MANUEL. Hombre, lee.
(Sacando una cuenta del bolsillo.)
¡Me han gastado un dineral! (Dánd)
- ENRIQ. Di que tú farioso estabas!...
- CLARA. Á ver. Dáme acá esa cuenta.
(Á Felix, quitándosela.)
«Por un vestido Magenta (Leyendo.)
»con cuello á lo Muley-Abas...
»Por un abrigo á lo rey
»de Nápoles en Gaeta...»
—Di, ¿te has hecho tú, Enriqueta,
un Nápoles y un Muley? (Fuera de sí.)
- ENRIQ. ¡Yo! ¿Cómo? Á ver: dáme acá!
- FELIX. (¡Ay! ¡le has dado la de Juana! (Riéndose.)
- MANUEL. (¡Jesús!)
(Desesperado y llevándose las manos á la cabeza.)
- ENRIQ. «¡Juana Cruz!...» (Leyendo.)
- CLARA. ¡Villana!
- Alguna tunanta. (Rapidez.)
- ENRIQ. ¡Ah!...
- ¿Conque así el dinero empleas
de que tanto y tanto cuidas?
¿Conque das á esas perdidas
y á tu mujer regateas?
- MANUEL. ¡Mujer, déjame!
(Muy movido todo. Rapidez hasta ei final.)
- CLARA. ¿Dejar! (Por el otro lado.)
- Conque ella no toca pito!...
- ENRIQ. No, no! lo que está escrito
(Por la cuenta.)
me lo tienes que pagar.
- CLARA. Sí, señor.
- ENRIQ. Y en el instante. (Casi á un tiempo.)
- CLARA. Una esposa...
- ENRIQ. Una mujer... (id.)
- CLARA. Tiene el derecho...
- ENRIQ. El deber...
- CLARA. Si esta tuviera un amante...
- MANUEL. ¡Callad, callad, ó reviento!
(Queriendo separarse de ellas.)
- CLARA. ¡Oh! (Sofocada.)

- ENRIQ. ¡Congue despues de todo
aún me tratas de ese modo!
- CLARA. ¡Jesús!
- FELIX. Aquí de mi cuento.
(Toma el vaso del *verre d'eau*.)
¡Un buche!
(Presentando cómicamente el vaso lleno de agua
Enriqueta.)
- ENRIQ. ¡Y hay quien lo escuche!
(Por Manuel, rechazando á Felix bruscamente.)
- FELIX. ¡Tia?... (Presentándole el vaso.)
- CLARA. Aparta! (Furiosa.)
- FELIX. ¡Iguál las dos?
Hijo, todo sea por Dios; (Á Manuel.)
á tí te ha tocado el buche.
(Presentándole el vaso.)
- MANUEL. ¡Quita! (Pasa á otro lado.)
- FELIX. (Bebe y callarán. (Con energia cómica.)
- MANUEL. Vaya para dentro. (Cómica resignacion, y bebe.)
- ENRIQ. ¡Toma! (Fuera de sí.)
¡y lo están echando á broma!
- CLARA. ¡De misas se lo dirán!
(Manuel continúa inmóvil con los carrillos inflados
por el agua.)
- ENRIQ. Dí, ¿te parece que vale
más que yo?
(Manuel signiñica con la accion que no puede hablar.)
- CLARA. Contesta, dí.
(Cada una por un lado.)
- ENRIQ. ¿Te mofas? (Ya ciega de cólera.)
- CLARA. ¡Dices que sí!
(Manuel va poco á poco echándose para atrás.)
- FELIX. ¡No te rias, que se sale!
(Felix hace que limpia á Manuel la boca con el
pañuelo, y lo empuja hácia la puerta foro derecha
despues de darle el sombrero.)
¡Anda!
- ENRIQ. y CLARA. (Á ua tiempo.)
¡Pues si es regular
(C .gas de cólera y obligándole á ir para atrás
lo movido de la accion.)
que trates á tu mujer

de este modo, vas á ver
cómo ella te va á tratar!

(Manuel, siempre con los carrillos inflados, se marcha seguido por ellas, que siguen hablando á un tiempo dentro hasta que caiga el telon.—Felix suelta la carcajada al verlos partir y va á seguirlos, de pronto se detiene y lanza una mirada á Mercedes, que permanece inmóvil cerca de la primera puerta izquierda. Vacila un momento y lanza de nuevo la carcajada y váse. Siguen las voces dentro. Mercedes, al ver partir á Felix, da involuntariamente algunos pasos hácia el foro; baja al primer término en la mayor desolacion; y dice los dos últimos versos, haciendo ántes un esfuerzo y como contestando á otras ideas.)

MERC.

¡Los ojos cierra á la luz! (Rapidez.)

¡Va á gozar mientras yo muero! (Váse Felix.)

—¡Y sin embargo le quiero.. (Arranque.)

y seguiré con mi cruz! (Mucha energía.)

(Siguen hablando dentro y se oyen tambien las carcajadas de Felix. Estos cuatro versos finales pueden suprimirse en la representacion y suplirlos Mercedes con la accion.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

The first thing I noticed when I
 stepped out of the car was the
 smell of fresh air. It was
 a relief after being stuck in
 traffic for hours. The sun was
 shining brightly, and the birds
 were chirping happily. I took
 a deep breath and felt a sense
 of freedom. The world was
 finally opening up to me.

I walked towards the park
 and saw a group of children
 playing. They were laughing
 and running around. I
 watched them for a while
 and felt a pang of nostalgia.
 I remembered how carefree
 they were. I wished I could
 be like them again.

THE END OF THE WORLD

ACTO TERCERO.

La decoración de los anteriores.—Noche.

ESCENA PRIMERA.

MERCEDES, después DOÑA CLARA y ENRIQUETA.

MERC. ¡Las dos ya!

CLARA. (Dentro.) Nada, Enriqueta:
no vuelvo á bailes contigo. (Saliendo.)

MERC. ¡Hola! ¿de vuelta tan pronto?

ENRIQ. ¡Aún levantada!

(Contrariada. En la puerta del foro.)

CLARA. ¡Preciso!

¡Si es mucha niña esta niña!

Ha empezado con el pio
de volverse á casa, y nada,
á lo mejor me ha traído.

MERC. ¿Estás mala?

CLARA. ¡Qué ha de estar?

Es que vive de caprichos!

ENRIQ. No, Clara, no estoy muy buena.
Siento un cansancio, un fastidio!...

CLARA. ¡Á tas años en un baile
fastidiarse! Es inaudito.

MERC. Pero si no estaba buena...

CLARA. Mire usted que es mucho tino
marcharse en aquel momento.

- MERC. ¿Estaba el baile lucido?
CLARA. *Bursuá*, hija mía, *bursuá*.
No es por el baile mi dicho.
Figúrate que llegaron
tu Felix y Manolito.
- MERC. ¡Ah!... ¿Felix?...
CLARA. Sí, divirtiéndose
muy amable, muy rendido,
muy coqueton... Ya sabrás
lo que ha hecho allí, lo que he visto!
- MERC. Tía, perdóneme usted;
mas si lo que allí ha ocurrido
no hace favor á mi esposo,
mejor me estará no oirlo.
- CLARA. Bien; con tu pan te lo comas:
yo de tí ya he prescindido.
Mas de ésta no; y lo que ha hecho
—te lo contieso—de fijo
una enfermedad me cuesta.
- ENRIQ. Pero si él nada ha advertido!
Si es que te haces ilusiones!
- CLARA. ¡Qué ilusiones! Á esta elijo
por juez.
- ENRIQ. Bien, bien; lo que quieras.
Es asunto concluido.
Vamos á dormir y...
- CLARA. No;
no quiero que como á un chico
se me trate! Tú bañabas
y verle bien no has podido.
Yo no le he quitado ojo.
Está furioso contigo.
- MERC. Pero quién?
CLARA. ¿Quién ha de ser?
Su marido.
- MERC. ¡Su marido!
ENRIQ. Se empeña en que tiene celos.
Es un empeño ridículo.
- MERC. ¡Jesús!
CLARA. Pues sí que los tiene;
y lo digo y lo repito.
Cuando por la quinta vez

- á sacarte Adolfo vino,
le ví morderse los labios.
- MERC. Bien; pero tú has consentido
en bailar con ese hombre?
- ENRIQ. Sí, cuatro veces ó cinco.
- MERC. ¡Ay, prima! ¡qué mal has hecho!
Perdona si me permito
reprenderte; pero ahora
como nuestra tia opino.
- CLARA. Claro; y si á cien lo preguntas,
los cien te dirían lo mismo!
- MERC. ¡Hacer que dude de tí
el hombre á quien te has unido!
Ya verás cuántos disgustos
træe ese paso consigo!
- CLARA. ¡Pues! Como ve que te alejas
al punto en que has conocido
que aquello le disgustaba,
se quedará tan tranquilo.
Ya ¿qué te costaba, tonta,
esperar otro ratito
y dar otro par de vueltas
con Alfredo?
- MERC. ¡Tia!
- CLARA. ¡Has visto
qué muchacha! Si hace esto,
ya le tiene aquí rendido
de rodillas suplicándole
que perdone su extravío.
Comenzaba á tener celos;
flaqueaste; te has perdido!
Pero, tia...
- MERC. Con los hombres
- CLARA. ¡firmeza! No hay más camino.
- ENRIQ. Bien, Clara, bien; acostémonos.
- MERC. No, no; por Dios te lo pido.
Espera á Manuel; refiérole
de cuanto has hecho el motivo.
Dile... dile la verdad,
que es lo mejor; que has creído
que despertando sus celos
te ganabas su cariño.

Y dile que te perdone,
porque por más que haya sido
tu intención buena y laudable,
le faltas, ¡le has ofendido!

CLARA. No me queda más que oír. (Escanda)

¿Conque, cuando yo le riño
por lo que dejó de hacer,
tú repruebas lo que hizo?

¿Conque aún te parece poco
lo que esta pobre ha sufrido?

No digo yo porque baile
con mengano ó zutanito,
que en eso nada le ofende;
mas si ésta no hubiese sido
buena cual es; si no hubiera
tenido siempre consigo

quien al bien la encaminase
—que de eso yo me glorío,—

y fuera lo que otras muchas,
¿quién, dime, habría tenido

la culpa? ¿El que la abandona
por entregarse á sus vicios,
ó la víctima inocente

que juguete del destino,
sin guía y sin experiencia,
cayese en un precipicio?

¿Él mismo no da el ejemplo?

¿Sí? Pues cúlpese á sí mismo.

MERC. Tía, hablemos de otra cosa.

ENRIQ. (No acabarán, ¡qué suplicio!)

CLARA. No: si quiero que contestes.

En el caso que te he dicho,
¿á quién culpas? ¿Él no ha dado
el ejemplo y el motivo?

MERC. Tía, á mis ojos jamás
disculparán extravíos
de una mujer que se estime,
dáslices de su marido.

CLARA. Pero él, ¿no le da el ejemplo?

MERC. ¿Y quién le manda seguirlo!

CLARA. ¿Él no comete un perjurio?

MERC. ¿Y á lo que encuentra usted digno

de vituperio en el hombre,
va usted á hallar paliativo
en la mujer, cuya honra
es un cristal quebradizo!
Los extravíos de un hombre,
¿infaman nunca á sus hijos?
Tía, tía, aun suponiendo
—y aun suponerlo resisto—
que el deslíz de un mal esposo
justificara el delito
de su mujer, nunca hallara
yo suficiente castigo
para la que infamia imprime
en el inocente niño
que dentro de sus entrañas,
ser de su ser, ha vivido!

CLARA.

¿Y no hay pasiones? La triste
á quien tratan con desvío,
no pudiera enamorarse?

MERC.

No, señora: ni eso admito.
Idea que dentro un pecho
no se acoge con cariño
y se halaga, nunca toma
de aquel pecho el señorío.
Amor que crece, es porque
halagado fué al principio;
matárasele naciente

CLARA.

¿Y nunca hubiera crecido!
¿Y qué diras de ese amor
que aun se oculta de sí mismo?

MERC.

Que corazones que tienen
para esos amores sitio
donde puedan esconderse,
son corazones podridos.
Que el corazón de una esposa
debe ser, señora, un libro
donde todo cuanto sienta
pueda leer su marido!

ENRIQ.

¿Qué severidad, Mercedes!

CLARA.

Tú no marchas con el siglo.

ENRIQ.

Pues sabe que...

Vamos, Clara!

¿No ves que es tiempo perdido
el que gastas con Mercedes?
Ella tiene sus principios...

CLARA. Así tendrá el fin.

ENRIQ. Bien, déjala,
y á dormir. Yo siento un frio!...

CLARA. Pues tira del llamador.

ENRIQ. ¿Para qué?

CLARA. ¿Estás en el limbo?

Para que vengan las chicas
á desnudarme.

ENRIQ. ¡Ay, Dios mio!

Si al entrar les di á las dos

(Con fingida sencillez.)

para acostarse permiso.

CLARA. ¡Bien! ¿Y quién va á desnudarme?

MERC. Yo, tia.

CLARA. Tienes un tino!... (Á Enriqueta.)

MERC. Se levantan tan temprano...

—despues que haya concluido (Á Enriqueta.)

con la tia, iré á tu cuarto

á prestarte igual servicio.

ENRIQ. Eso no, ni que lo pienses. (Rápidamente.)

MERC. Pero...

ENRIQ. No te lo permito.

Lo que harás será acostarte,

ó creeré que tu marido

hace que en vela le esperes.

MERC. Pero si esto es por mi hijo.

CLARA. ¿No ha mejorado?

MERC. Eso dicen;

pero está tan pálido!...

CLARA. Vamos, tú vas á matarte.

ENRIQ. Ó te acuestas, ó reñimos.

MERC. Bien, bien, me recogeré

si sigue durmiendo el niño.

No te exaltes.—¿Vamos, tia?

CLARA. Sí, que el corsé maldecido

me está triturando.

ENRIQ. (¡Ah!...) (Se sienta al piano.)

MERC. Toma.

(Dándole un candelero á Enriqueta.)

- ENRIQ. Voy, voy. (Tocando algunas notas.)
CLARA. ¡Qué haces?
ENRIQ. Repito
estas notas, que no quiero
olvidar.
CLARA. ¡Sí, tus caprichos!
¿Y aquel afán de acostarte?
ENRIQ. Si voy ya.—Que no permito
que vuelvas!
MERC. Bueno.
ENRIQ. ¿No guardas
contra mí algun rencorcillo
por mis riñas?
MERC. ¡Yo, Enriqueta?
ENRIQ. Pues un beso y á dormirnos.
MERC. Adios.
ENRIQ. Ea, hasta mañana.
CLARA. *Bon nuit.*
(Enriqueta se va por la puerta derecha, y Clara y Mercedes por la segunda izquierda.)
ENRIQ. ¡Se fueron! Respiro.
(Presentándose de nuevo en la puerta.)

ESCENA II.

ENRIQUETA.

Apenas han desaparecido cuando vuelve á salir con mucha precaucion.

Temí que no me dejaran.
¡Qué ansiedad! No hay otro sitio
por donde pase, y creía
que del rostro en lo intranquilo
leyendo estaban mi angustia.
—Ni el más ligero ruido (Con cierta envidia.)
viene á turbar el sosiego
de esta casa.—¿Por qué tímido
late el corazón? Mercedes
hace poco que se ha ido
y aún tardará. ¿Mas si acaso
se despertara su hijo?...
No, tan igual como dulce (Escuchando.)

su respiracion percibo
que llega á mí. Duermo el sueño
angelical de los niños.
Tambien yo así he reposado!
yo tambien así he dormido! (Con amargura.)
¡Ya no!—Vamos.
(Se dirige al foro resueltamente.)

MERC. ¡Enriqueta!
ENRIQ. (Oh! Mercedes! ¡Me he perdido!)

ESCENA III.

ENRIQUETA, MERCEDES.

MERC. ¿Te has puesto mala?
ENRIQ. No, prima.
MERC. ¿Qué tienes?
ENRIQ. (Nada sospecha.)
No sé: un mareo, un vahido...
MERC. Estás pálida; estás trémula.
¡Oh!... ¿por qué no me has llamado?
ENRIQ. Temi darte una molestia,
é iba á ver si el aire libre...
MERC. Yo abriré.
ENRIQ. ¡No! no, estoy yerta.
MERC. La reaccion.—Voy por azahar.
ENRIQ. Si ya pasa; si estoy buena!
MERC. Á ver, dame acá esas manos.
Tienes razon, ya no tiemblas.
ENRIQ. ¡Eh, pues vete á recoger,
que tienes unas ojeras!...
MERC. ¿Y si vuelves á estar mala?
ENRIQ. ¡Bah!
MERC. Con todo, ser pudiera.
ENRIQ. Vete ó mé enfado.
MERC. Parece
que te estorbo.
ENRIQ. ¡Tú! ¿Eso piensas?
MERC. Si deseas estar sola...
ENRIQ. ¿Yo! (¡Me vende la conciencia!)
¡Sola! ¿Y para qué, Mercedes?
MERC. ¡Ay, hija! yo sé de penas.

Engañarás á la tía
—¡que nunca lloró!—con esa
exterioridad alegre;
mas no, prima, á la que cuenta
años enteros de llanto.
Vamos, sé franca; confiesa.

Tú tienes algo; algo grave
que me ocultas. Esa fiesta...
ENRIQ. ¡Ay, si, Mercedes! ¡Qué noche!
Haces bien cuando te encierras
en tu casa con tu hijo.
Aquí puedes sin reserva
llorar; aquí nadie viene
á dar pábulo á tu pena.
Ayer lástima me dabas;
hoy me das envidia.

MERC. Cesa:
tú tambien tienes un hijo
Esposa sin dicha, aún queda
el ser madre venturosa.

ENRIQ. Sí, sí, aún es tiempo, Enriqueta.
¡No, no; ya es tarde, muy tarde,
más tarde de lo que piensas!
Cuando se está en la pendiente
de un abismo, no hay manera
de retroceder. El vértigo,
no la voluntad, nos lleva.

MERC. ¿Qué dices?

ENRIQ. Tú vivir sabes
en tus tareas domésticas;
yo no: tú sabes ser madre;
yo fié en manos ajenas
el hijo de mis entrañas,
no bien vió la luz primera.
Yo, pues, comprender no puedo
esas delicias que encierra
la maternidad. Tú, el día
que Felix á tu amor vuelva
esperas amante. Yo
no sé si desee ó sienta
que Manuel torne á quererme,
ni estoy segura síquiera

de si le amo ó le aborrezco;
porque aunque de él celos tenga,
el amor propio ofendido,
no el cariño los alienta.
Nada tengo aquí: por eso
corro á aturdirme á esas fiestas;
por eso brillar ansío;
opio busco que me aduerma.
¡Me das miedo!

MERC.

ENRIQ.

Y ¿sabes tú
qué consuelo encuentro en ellas?
Oyelo.—Apenas llegado
Manuel, á una aventurera
—á una mujer de esas muchas
á quienes sin darse cuenta
nadie de por qué se admite
donde nunca entrar debieran—
se acercó; toda la noche
á mi vista, en mi presencia
con ella ha estado. He querido
darle ofensa por ofensa:
he bailado con Alfredo,
de quien sé que en otra época
tuvo celos!

MERC.

ENRIQ.

(Muy sobresaltada.) Y ese hombre?
Bien diga verdad, bien mienta,
há tres años que me jura
que me adora.

MERC.

ENRIQ.

¿Y tú toleras?...
Mercedes, lo que he sabido
me tocaba muy de cerca
para escuchar sus amores.
—Felix y Manuel nos dejan!
nos abandonan!

MERC.

ENRIQ.

¿Qué dices?
Á mí mi esposo por esa
mujer; por otra á tí el tuyo,
que vale aún ménos que ella,
¿Cómo? ¡No! Esas son calumnias
de ese hombre, que audaz intenta
tu perdición.

ENRIQ.

¿Y si Alfredo

- diese de su dicho pruebas?
MERC. ¡Cómo?
ENRIQ. Te ha dicho á tí Felix que en la embajada francesa dejó para registrarlos dos pasaportes en regla para París?
- MERC. No.
ENRIQ. Tampoco Manuel á mí; y uno era para él.
- MERC. Y ¿quién te asegura que ese Alfredo no lo inventa?
ENRIQ. Necesitas verlos?
MERC. Sí.
ENRIQ. Los verás.
MERC. ¿De qué manera?
ENRIQ. ¿Y qué importa el cómo? Alfredo, que amistades tiene estrechas en la legacion, ha ido, pretextando que interesa la prontitud, á traérmelos. ¡Oh! ¡Dios mio.
- MERC. ¿Quieres pruebas?
ENRIQ. Las tendrás mañana.
MERC. ¡Ah!
Pero que ese hombre no venga. Si tras de lo que ha pasado, tu marido aquí le encuentra...
ENRIQ. No, yo haré que no le encuentre; ya lo he pensado, no temas.
MERC. ¡Irse! (Tras de una leve pausa.)
ENRIQ. ¿Te vas con tu niño?
MERC. Aún no. (Maquinalmente.)
ENRIQ. (Alejemos sospechas.)
—Pues, hija, yo ya no puedo tenerme en pie.— Que duermas.
MERC. Adios. Si me necesitas.
ENRIQ. Bien.—(Esperemos.) (Váse.)

ESCENA V.

MERCEDES.

Paciencia!

¿Y si se marcha con otra?

(En un arranque de duda.)

¿de qué me sirve tenerla!

—De hacer lo que Dios me manda.

(Como contestándose.)

—Señor, mis hombros flaquean

bajo el peso de esta cruz:

fe... la tengo; ¡dame fuerzas!

ESCENA VI.

MERCEDES, FELIX.

FELIX. (¡Pobrecilla! Está esperando.

(En la puerta derecha del foro.)

Ella en vela, mientras yo!...

—¿Qué tienes, hijita?

(Llegando de puntillas adonde ella está.)

MERC. ¡Oh!

¡Felix mio!

FELIX. ¡Estás llorando?

MERC. ¿Yo? No.

FELIX. Pues se me figura...

MERC. Estas lágrimas no amargan.

Es que... los ojos se cargan

de mirar á la costura.

FELIX. ¡Pero, señor! Nada, bien.

Tú no haces caso de mí.

MERC. No digas eso!

FELIX. Sí, sí.

MERC. Vamos, siéntate aquí, ven.

FELIX. Pero, hija, ¿ha de ser en vano

que tus malos ratos sienta?

MERC. ¡Deja eso! ¡Estoy tan contenta

- de que vuelvas hoy temprano!...
- FELIX. ¿Y qué hacías? (Esquivando contestar.)
MERC. Daba fin (Sonriendo)
á una gran obra. Esto hacia.
(Mostrándole una prenda de niño.)
- FELIX. ¡Bien! (Con gravedad cómica.)
MERC. Lo va á estrenar tu día
nuestro pobre chiquitín.
—Está mejor. ¿Sabes? (Con extremada alegría.)
- FELIX. (¡Oh!
¡Y yo ni aun he preguntado!...)
- MERC. Vivirá. Ya no hay cuidado.
- FELIX. ¿Conque lo ha habido! (Conmovido.)
MERC. Si.
FELIX. Y yo...
(Con desprecio de sí mismo.)
Vamos, no me lo perdono!
- MERC. ¡Mas si no todo ha concluido!
—¡Ay, si vieras! le ha salido! (Loca de alegría.)
un dientecito tan mono!
- FELIX. ¿Sí? ¡Yo lo quiero mirar! (Fuera de sí.)
MERC. (¡Es padre aún! ¡Se salvó!) (Con suma alegría.)
FELIX. Anda, vamos.
MERC. Ahora no.
(Deteniéndole cariñosamente.)
que le puedes despertar.
- FELIX. Tienes razon.
MERC. Luégo, si!
¡Pone una carita al verte!
- FELIX. Habla bajo... no despierte.
MERC. (¡Cuida de él!—¡No huye de mí!)
—¿Y dí, ¿tienes sueño tú?
- FELIX. No, mujer; pero he pasado
gran rato en un endiablado
garito de Belcebú,
(Como avergonzado y tratando de endulzar lo que
tiene que confesar á Mercedes.)
y no sé si el ponche ó...
ó la atmósfera, ó el juego,
ó cierto desasosiego
con que siempre vuelvo yo
á casa tras de jugar,

—porque sé que no es tu gusto—
me ha producido un disgusto...
una cosa... un mal estar...

MERC. Te haré una taza de té. (Con solicitud.)

FELIX. ¿Molestarte? ¡Qué bobada!

MERC. Pero si no cuesta nada.

FELIX. Déjalo, tonta.

MERC. No. ¡Qué!

(Tomando la maquinilla y colocándola en el velador de la izquierda.)

FELIX. Como quieras.

MERC. Ya verás

(Tomando la botella del *verre d'eau*, para poner el espíritu de vino en el recipiente.)
qué pronto!...—No, no le llenes.

(Félix le quita la botella de la mano y empieza a verter el espíritu.)

Dame un fósforo.

FELIX. Ahí lo tienes.

(Mirándola con ternura.)

MERC. (¡No le he visto así jamás!)

(Enciende el fósforo y va á aplicarlo al espíritu.)

FELIX. Chica, que cuando se inflame

(Apagándole el fósforo y dándole un beso en la mano.)
te quemarás.

MERC. No seas loco...

FELIX. (¡Tan dichosa con tan poco!

Y está bonita.)—Á ver, dame;

(Al ver que va á encender otro fósforo.)

yo en eso tengo más práctica.

MERC. Félix, tú saber no puedes

(Félix le tiene cogida la mano.)

el bien que me haces.

FELIX. ¡Mercedes!

(Con arrebató.)

—(Tu, tu, tu, tu; adios mi táctica.)

(Separándose.)

MERC. Al verte así tan casero,

recogido ya á esta hora...

FELIX. (¿Y cómo le digo ahora

que he venido por dinero!)

—Á poca cosa bien llamas;

mas si esto lo es para tí,
(Con cierta frialdad estudiada.)
siempre lo haré.

MERC. ¡Ay, sí, sí, sí!

Hazlo, Felix, si me amas.
Aquí en tu casa los dos
tranquilos, sin un mal gesto...
¡Parece que para esto
hizo el matrimonio Dios!

FELIX. Sí, mira. Con tal que venza
yo mi condicion viciosa...
Ahora mismo... hay una cosa
que... vamos... me da vergüenza
tenértela que decir. —

¿Tú has creído que ya vengo
de retirada? Pues tengo
(Haciéndole una caricia.)
ahora mismo que salir.

MERC. ¡Sí?—Bien; ¿qué le hemos de hacer!
Y por esos callejones
tan desiertos... Si hay ladrones...

FELIX. ¿Y mi revolver, mujer? (Sonriendo.)

MERC. Eso es verdad; pero al fin
vas solo, y quedo temblando.

FELIX. Si Manuel me está esperando
en la puerta del jardín!

MERC. ¿Y va armado?

FELIX. Sí, tambien.

MERC. ¿Pero por qué no ha subido?

FELIX. ¡Pche! tu prima y su marido,
chica, no se llevan bien.

Él es cierto que de vándalo
tiene algo más que de fraile;
pero esta noche en el baile
ella ha dado tal escándalo...
que con razon, á mi ver,
él donde ella está no entra,
porque teme, si la encuentra,
no poderse contener.

¡Ya ves! bailar y bailar
con un hombre que no agrada
á su esposo una casada,

y él mirarlo y aguantar,
y en torno ver sonreír
con malicia á cierta gente,
y aun oír á un maldiciente,
y tenerlo que sufrir
por no armar una querella
que mancille más su nombre,
es para matar al hombre
¡y aun para matarla á ella!

MERC.

¿Pero tú?...

FELIX.

¿Yo? ¡Ya se sabe!

Le he dicho que ve visiones;
pero él no atiende á razones...
y hace bien: el caso es grave.

MERC.

¿Pero tan ciega ella estaba?

FELIX.

Mira... á mí, que en lo que hacía
no me iba ni me venía,
¡la sangre casi me ahogaba!

MERC.

¡Jesús!

FELIX.

Como Dios no mande
algo que rompa este enredo,
en cuanto él tropiece á Alfredo
va á ver un disgusto... ¡y grande!

MERC.

Mas tú no te batirás!

FELIX.

¡Yo! Compárate con ella.
Más que tú alguna habrá bella,
más buena no, no la hay más.

MERC.

¡Felix!

FELIX.

Y ya que la suerte
me da en tí lo que no valgo,
debería yo hacer algo
—lo sé—para merecerte.

MERC.

¡Por Dios!...

FELIX.

No me hagas hablar.

Lo que esta noche ha pasado
me ha servido: he comparado...

Y si á Enriqueta lugar
para esto ha dado Manuel,
¿para qué no te lo doy,
Mercedes, yo, cuando soy
más malo, cien veces, que él!

MERC.

¡Felix!... (Sin poder contener las lágrimas.)

- FELIX. ¿Qué es eso? (Muy solícito)
- MERC. (Con mucha expansión.) Alegría.
(¡Va confiesa sus errores!) (Fuera de sí.)
- FELIX. Ea, tontuela, no llores.
(Pasándose una mano por los ojos.)
¡Vamos, chiquitina mía!... (Secándole los ojos)
—Esto se acabó; mañana
vida nueva.—Ahora es preciso...
ya ves tú qué compromiso!
por más que no tenga gana
de salir... Manuel me espera,
y por hoy en mí no mando.
¡Pero á no estarme esperando,
te juro que no saliera!
- MERC. ¡Gracias!
(Felix la acaricia y prepara lo que va á decirle.)
- FELIX. —Dime.—¿Ha parecido
la llave del jardín? (Con cierta indiferencia.)
- MERC. No;
pero al jardinero yo
la que tenía he pedido.
- FELIX. Pues dámela.—Allí á Manolo
he dicho que me esperara,
porque todo se repara,
y por él, y aun por mí solo,
más reserva quiero ahora.
- MERC. Tenla.
(Dándole la llave, que entre otras debe tener en el
costurero.)
- FELIX. ¿Qué necesidad
hay de que la vecindad
sepa que salgo á deshora?
- MERC. Sí.
- FELIX. Motivos doy ya hartos
de murmurar cada día.
—Ah! chiquita... yo venía...
la verdad... por unos cuartos.
¡Sí? (¡Se va!)
- MERC. Esa palidez...
- MERC. No es nada, no te disgustes.
- FELIX. Vamos, tonta, no te asustes.
Juego por última vez.

- MERC. Felix!
- FELIX. Ese pecho ensancha.
- MARC. (¡Me abandona! ¡En vano luchó!)
- FELIX. Hija, hoy he perdido mucho;
quiero tomar la revancha...
y que no crean que huyo
por perder.—Siento enojarte!...
- MERC. Pero tú, ¿á qué me das parte,
si cuanto hay en casa es tuyo?
- FELIX. (¡Vamos!...) (Como abrumado por tanta bondad.)
- MERC. Ye te alumbraré. .
- FELIX. (¡Ve usted esto! ¡soy lo más!...)
- MERC. ¡Ah! ¡mas no te marcharás
sin tomar ántes el té!
(Mercedes enciende la máquina.)
- FELIX. No lo haré más.
- MERC. No seas bobo!
(Esforzándose por sonreír.)
- Voy; anda. (Señalándole el *secrétaire*.)
- FELIX. (Siento aquí un frío...
(Con la mano en el corazón.)
¡Voy á tomar lo que es mio
y me parece que robo!)
(Muy reconcentrado y con horror.)
- MERC. ¿Y te sientes mejor?
- FELIX. Sí. (Abriendo el *secrétaire*.)
- MERC. ¿Sabes lo que pienso?
(Mirándole ájamente á favor de la luz que tiene en
la mano.)
- FELIX. ¿Qué?
- MERC. Que cuando el chiquito esté
(Muy marcado y sin dejar de mirarle.)
bueno del todo, de aquí
—por tu salud—deberías
siquiera un mes alejarte,
é irte á París... ó á otra parte
á divertirme unos dias.
- FELIX. ¡Mercedes!
- MERC. (¡Era verdad!)
- FELIX. (¿Y es ella quien... Si supiera!...)]
- MERC. (¡Vacila!)
- FELIX. (¡Irrme ahora, fuera

- el colmo de la maldad!)
MERC. ¿Vamos?
FELIX. Sí.
MERC. Te está esperando
Manuel...
FELIX. Sí, tienes razon.
—¿Qué haces?
MERC. Abrirte el cajon.
FELIX. ¡Hija!...
MERC. (Señor, ¡hasta cuándo?...)
FELIX. ¡Demonio!
MERC. ¿Qué?
FELIX. ¿Qué ha de ser?
Nada! que muy ancho vengo
por dinero... y mira... tengo...
(Mostrándole algunos billetes que deja caer otra
vez en el cajon.)
¿qué tengo! Esto no es tener!
¿Y es tal la necesidad?...
MERC. ¿No ha de ser! He prometido
FELIX. volver... ¡Vaya! Me he lucido.
Y Manuel...
MERC. ¡Ay, es verdad!
Pero no te apures. Yo
tengo dinero.—Esto pasa.—
(A un movimiento de Felix.)
FELIX. El del gasto de la casa. (Sonriéndose.)
Hija, eso no es nada.
MERC. No.
Es mucho más. Si indiscreto
al pesar no te abandonas
y lo que he hecho me perdonas,
voy á decirte un secreto.
FELIX. ¿Tú?
MERC. Mas no me has de mirar;
que me da vergüenza
FELIX. Dí.
MERC. Hay un banco, ó cosa así
(Movimiento de Felix.)
que llaman *La Tutelar*.
Poniendo en él á interés
dinero de un niño en nombre,

cuando el niño llega á hombre
rico, ó poco ménos, es.
Estas noches que no duermo
al chiquitín por velar,
en esto he dado en pensar.
¡Ay, Felix! un niño enfermo
envejece á quien le asiste
si le tiene algun cariño...
¡Me dice tanto mi niño
con aquel mirar tan triste!

FELIX. Bien, sigue. (Con voz turbada.)

MERC. Si ser pudiera,
yo á mí misma me decía,
que así se encontrára un día
y sin recursos se viera!...
Y esto que ahora tú me escuchas
y que me hace avergonzar,
me hizo entónces derramar
muchas lágrimas.

FELIX. ¿Sí?

(Pasándose una mano por la cara.)

MERC. ¡Muchas!

—Tú sabes que, como ántes
otra era yo que en el día,
en mi tocador tenía
algunos buenos diamantes.

FELIX. ¿Y qué? (Con ansiedad.)

MERC. Que como ese aliño
es inútil para mí...

FELIX. ¿Qué?

MERC. ¿Qué? Que ayer los vendí...

Y esto te presta tu niño.

(Ofreciéndole un paquete de billetes, que saca de
su costurero.)

FELIX. ¡Ibas á imponerlo? (Muy conmovido.)

MERC. Sí.

Ya ves que disponer puedes...

Toma.

FELIX. ¡Mercedes! ¡Mercedes!

¡tengo vergüenza de mí!

(Dejándose caer en una butaca y cubriéndose los
ojos con las manos, profundamente conmovido.)

MERC. Ya está el té y no hay taza. (¡Calma!)
(Mercedes, que ve el efecto que han hecho sus palabras en Felix, á duras penas puede contener la alegría, y dice «calma» oprimiéndose el corazon con las manos.)

Me llevo la luz conmigo. (Disimulando.)

(Solo le dejo contigo:

¡Señor, tócale en el alma!)

(Los dos últimos versos los dice al atravesar la escena y dirigiéndose al cielo con el mayor fervor y recogimiento. Váse por la primera puerta izquierda. Felix queda alumbrado por la luz del alcohol.)

ESCENA VI.

FELIX.

¿Qué he hecho yo? Martirizar
con mis locuras malvadas
á un ángel, cuyas pisadas
no soy digno de besar.
Mi conducta es execrable;
mi condicion es de fiera.
Creí ser un calavera
¡y estoy siendo un miserable!
¡Oh! ¿y he de jugar impio
esto que de darme acaba?
¡No! creería que jugaba
¡la sangre del hijo mio!
¡Yo me ahogo!... igual tormento
no sufren los que mas gimen...
Es que si el hombre ha hecho el crimen
Dios hizo el remordimiento!
Bien. Yo apuraré sus heces;
yo anhelo sus agonías...
¡Lágrimas primeras mias,
benditas seais mil veces!

(Déjase caer sollozando en la butaca. Lleva pausa.)

ESCENA VII.

FELIX, ENRIQUETA, un EMBOZADO y MERCEDES.

- FELIX. (¿Y Manuel?... ¡Oh! también él se ha de enmendar, por mi nombre.)
(Enriqueta ha salido durante los dos versos anteriores y se ha dirigido á la puerta del foro izquierda. No trae luz. Descorre el cerrojo de la puerta que da al jardín.)
- ENRIQ. (Nadie.) (Descorre el cerrojo.)
- FELIX. ¡Oh!
(Levantándose al ruido que hacen las hojas de la puerta al abrirse.)
- ENRIQ. ¡Perdon!
(Cayendo de rodillas á los piés de Felix.)
- FELIX. ¡Un hombre!
(Viendo al embozado, que ha aparecido en el foro.— Mercedes se presenta en este momento en la primera puerta de la izquierda, con la luz en una mano y la taza en la otra, y se queda inmóvil en el dintel.)
¡Abajo espera Manuel!
(Al embozado, con voz seca y reconcentrada, lanzándose hácia él é indicándole que salga: desaparecen rápidamente.—Enriqueta permanece de rodillas ocultando el rostro con las manos.—Mercedes deja el candelero y la taza sobre el velador y corre hácia Enriqueta.)

ESCENA VIII.

ENRIQUETA, MERCEDES.

- ENRIQ. ¡Ay, Mercedes! (Echándose en sus brazos.)
- MERC. ¡Desdichada!
- ENRIQ. Todo acabó para mí.
¡Van á matarse!
(Con desesperacion, pero en voz baja.)
- MERC. Sí, sí.

le ampare allí la fortuna,
pronto la luz de la luna
sobre un cadáver caerá.

MERC
ENRIQ.

¡Oh!

CLARA.
FELIX.

Mas ¿por qué?

Porque ahora

ya ir no pueden menos lejos;
porque usted sembró consejos
y nace sangre, señora!

CLARA. ¡Yo!... Pues cómo á lo que pasa
he podido dar lugar?

FELIX. Usted la hizo abandonar
los deberes de su casa:
Porque así usted se lo dijo,
sin ver en ello un desliz,
imprudente, esa infeliz
se separó de su hijo...
Usted se no le inspiró;
nada á su hogar la ligaba...
la dicha que en él no hallaba
en otra parte buscó...
y... señora, la mujer
que ama á un hijo con tibieza,
que no cose y que no reza...

ENRIQ. ¡honrada no puede ser!
¿Por qué no seguí tu ejemplo! (Á Mercedes.)

FELIX. ¿Por qué al niño no has criado?
La madre del hijo al lado
convierte su casa en templo.

CLARA. Yo no he aconsejado más
que lo que á aquella á quien deja
un mal marido aconseja
el mundo entero. Hijo, ¿estás?

FELIX. ¿Y no ve usted que si ahora,
caso de que allí no muere,
á ella Manuel volver quiere,
ya no es posible, señora?
¿No ve que esa desdichada,
tal camino por seguir,
condenada está á vivir
pobre, sola, desgraciada?

¿No ve usted que él, sin cariño,
sin nada hallar que le cuadre,
hasta dudará si es padre
de aquel desgraciado niño?
¡Oh!... si á las pobres que gimen
sólo muestra ese sendero
el mundo, es que el mundo entero
está cometiendo un crimen!

ESCENA X.

MERCEDES, ENRIQUETA, DOÑA CLARA, FELIX, MANUEL.
Manuel aparece en la puerta izquierda del foro y avanza lentamente. Enriqueta al verlo hace un movimiento para correr hácia él; pero instantáneamente se arroja en brazos de Mercedes ocultándose de su vista.

TODOS. ¡Ah!

FELIX. ¿Muerto? (Á Manuel muy por lo bajo.)

MANUEL. Sí. (Sombrío.)

FELIX. Entre los dos

(Dirigiéndose á Enriqueta.)

hay un cadáver.

CLARA. Si, llora! (Id.)

ENRIQ. Apártese usted, señora.

—Te he hecho infeliz. Quizá Dios

(Á Manuel, pero sin mirarlo.)

me perdone; quizá un día

(Con poca voz entrecortada; pero con cierta entereza.)

me perdones tú: jamás

yo he de perdonarme. Mas

si un consuelo en su agonía

quieres dar á esta mujer,

dame á nuestro hijo!

MANUEL. ¿Darlo!...

(Dominándose despues de dicha la palabra.)

Mercedes sabrá educarlo.

MERC. ¡Si! (Enriqueta le besa la mano.)

MANUEL. No nos debemos ver.

—Para huir ese tormento (Á Felix.)

te dejaré por escrito
lo que hablarla necesito.
Parto dentro de un momento
por el hijo que olvidé.
Lo más que asignarla pueda
de lo poco que me queda
al retiro le enviaré,
que para vivir le elijo. (Y^{ndose.})
¿Adónde vas?

FELIX.

MANUEL.

Á escribir. (Mucha frialdad.)

Cuando amanezca, partir
debo por mi pobre hijo.

(Con la voz empañada nada más.)

ESCENA XI.

MERCEDES, ENRIQUETA, DOÑA CLARA, FELIX.

ENRIQ. ¡Sé su madre! (Muy conmovida.)

MERC. Lo seré. (Se besan.)

CLARA. Yo iré contigo al destierro. (Llorosa.)

ENRIQ. ¡Usted, causa de mi yerro?

Señora, déjeme usted.

(Váse por la puerta derecha.)

CLARA. ¿Y qué haré yo vieja y pobre?

FELIX. Vivir solita y rezar.

CLARA. ¡Pero eso me va á matar!

FELIX. Quien presta, justo es que cobre?

MERC. (¡Es vieja!... (En tono septicante á Felix.)

FELIX. Porque lo es,

le daré para vivir.)

CLARA. (¿Quién lo había de decir?

¡Jesús! Pícaro francés!)

(Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA ÚLTIMA.

MERCEDES, FELIX.

FELIX. ¡Mercedes!

MERC. ¡Felix!

FELIX. Se han ido.

Solo me encuentro en presencia
de tí, que eres mi conciencia;
de tí que me has redimido.
Quisiera ser perdonado.
Podrás tú olvidar?...

MERC. ¡Por Dios!

Pues entre nosotros dos,
Felix mio, ¿qué ha pasado?

FELIX. ¿Lo olvidaste!

MERC. Puede ser.

Mi memoria es tan escasa!...

Mas repara; en nuestra casa
está todo como ayer.

Mira en derredor de tí.

Allí duerme nuestro niño:

aquí vela mi cariño; (En el corazon.)

mis brazos están aquí. (Brindándole con ellos.)

FELIX. ¿Eres una santa!

MERC. (Sonriendo.) No.

FELIX. De un abismo me has sacado.

MERC. ¿Y quién en eso ha ganado?

FELIX. ¡Yo, Mercedes!

MERC. ¿Pues y yo?

—Felix mio, si el deber,
si Dios mismo no exigiese
que lo que he hecho yo se hiciese,
lo mismo volviera á hacer.

FELIX. Porque tú eres la bondad;
porque tu pecho es tan santo
como el de un ángel.

MERC. No tanto;

(Con picaresea ingenuidad.)

por mi propia utilidad.

—Dime: si de otra manera
hubiese sido, ¿'endría
en mi casa esta alegría? (Algo conmovida.)

Como Enriqueta me viera,
quizá entre gentes extrañas,

sin sosiego ni reposo,
separada de mi esposo,
del hijo de mis entrañas.

Con daros felicidad,

con llenar de ella mi pecho,
nada he hecho.

FELIX. Mas lo has hecho,
porque tú eres la bondad.

MERC. No, no, Felix, porque sé
que es de la mujer el centro
su casa; y si de ella dentro
la dicha lucir no ve,
por mas que tras ella quiera
correr con desvelo ansioso,
es inútil, es ocioso
que vaya á buscarla fuera.

FELIX. ¡Feliz el hombre que el día (Con arrebató.)
que en el buen camino entra,
con una mujer se encuentra
como tú, Mercedes mia!
Mi vida á tí consagrada
no pagará con exceso
tanto bien.

MERC. No digas eso;
que me pones colorada.

FELIX. Tú me has mostrado la luz
hácia la cual me dirijo;
tú me has salvado!

MERC. Pues, hijo!...
ya me pesaba la cruz. (Con cariñosa confianza.)
Ejemplo me daba Dios;
pero bien se necesita.

FELIX. De hoy más aunque ligerita,
levémosla entre los dos.
(Haciéndole una caricia.)

MERC. ¡Qué feliz soy!

FELIX. Tal cariño
necesita de un altar.

MERC. Lo tengo. Ven á besar
la frente de nuestro niño.

FELIX. ¡Me lo como!—Dí en el *quid*:
con él aquí y tú del brazo...
(Haciendo la acción de llevar en brazos el niño y
del brazo á su mujer.)
¡he de ser lo más padrazo
que pasée por Madrid!

MERC. ¡Gracias, Dios!
FELIX. Y no te asombre.
De lo mucho que has sufrido
este el resultado ha sido;
que la mujer... hasta el hombre
más parecido al demonio
trueca en todo lo contrario,
si llegar sabe al calvario
con la cruz del matrimonio.

FIN DE LA COMEDIA.

OBRAS DRAMÁTICAS
DE
DON LUIS DE EGUILAZ.

Verdades amargas.
Alarcon.
Las prohibiciones.
Una broma de Quevedo.
El caballero del milagro.
Mariana la barlú.
Una Virgen de Murillo (1).
Entre todas las mujeres (1).
La vergonzosa en palacio.
Cuando ahorcaron á Quevedo.
El esclavo.
Una aventura de Tirso.
La vida de Juan soldado.
La Vaquera de la Finojosa.
La llave de oro.
Grazalema.
El Patriarca del Turia.

Las querellas del rey sabio.
Mentiras dulces.
¡Santiago y á ellos!
El padre de los pobres.
La Payesa de Sarriá.
Los crepúsculos.
La cruz del matrimonio.
Los encantos de Brijan (2).
La mano de Gato (2).
Los soldados de plomo.
Quiero y no puedo.
Un hallazgo literario.
La convalecencia.
Lope de Rueda. (*El batidor de oro.*)
El molinero de Subiza.

(1) En colaboracion con D. Luis Mariano de Larra.

(2) Las Empresas que deseen representar estas obras de
mágia, no impresas, se dirigirán al director de esceua de las
obras del autor, D. DIEGO LUQUE, Madrid.

ADICION AL CATALOGO DE 1.º DE JUNIO DE 1875.

TITULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS Y DRAMAS.			
Al que se hace de miel.....	1	D. Antonio Ramiro.....	Todo.
Ciento por uno.....	1	F. Tusquets y R. Moly de Baños.....	»
El retrato de Macaria.....	1	Rafael María Liern...	»
En estado de sitio.....	1	Eduardo Zamora.....	»
Fuchin de les bombes.....	1	N. N.....	»
La veu de la relichió.....	1	N. N.....	»
Miseria y Compañía.....	1	Joaquin Balaguer....	»
Nobleza de amor.....	1	José Jackson Veyan..	»
¡Ojo alerta!.....	1	E. Jackson Cortés...	»
Pobres y ricos.....	1	Eduardo Zamora....	»
Tal es qualis con camalis.....	1	N. N.....	»
Un consejero de estado.....	1	Francisco Lopez.....	»
Un diputado de antaño.....	1	Pelayo del Castillo...	»
Un doctor de Secá.....	1	N. N.....	»
Un grapaet y prou.....	1	N. N.....	»
Usted es mi padre.....	1	E. Jackson Cortés...	»
¡Venganza noble!.....	1	Robustiano Trelles...	»
El tío cavila.....	2	E. Escalante.....	»
Levantar muertos.....	2	Sres. Blasco y R. Carrion	»
Cazar en terreno propio.....	3	D. Mannel Nogueras...	»
El cojo de Sariñena.....	3	Leandro Torromé....	»
La paz del hogar.....	3	Ángel Torromé.....	»

ZARZUELAS.

Americanos de pega.....	1	D. R. María Liern.....	Libro.
Carracuca.....	1	Sres. Liern y Monfort...	L. y M.
El Barbero de Rossini.....	1	Amalfi y Aceves.....	L. y M.
El castañar español.....	1	Amalfi y Ricci.....	L. y M.
El demonio de los Bufos.....	1	D. R. María Liern.....	Libro.
El grande hombre de Canillejas.....	1	N. N.....	Música
El impuesto de guerra.....	1	R. María Liern.....	Libro.
El pan de la emigracion.....	1	Palomino.....	L. y M.
La comedianta Rufina.....	1	Sres. Liern y Monfort...	L. y M.
La familia Bachicha.....	1	D. Rafael Palos.....	Música
1873 y 1874.....	1	Sres. Velasco y Llorens.	L. y M.
Sistema Americano.....	1	R. María Liern.....	Libro.
El diamante negro.....	2	R. María Liern.....	Libro.
El príncipe Lila.....	2	R. María Liern.....	Libro.
El teatro en 1876.....	2	R. María Liern.....	Libro.
La clave.....	2	M. Ferndz. Caballero.	Música
Satanás II.....	2	R. María Liern.....	Libro.
La vuelta al mundo.....	3	L. Mariano de Larra.	Libro.

Ha dejado de pertenecer á esta galería el libro de la Zarzuela en un acto, titulada: *Para una modista... un sastre.*

PUNTOS DE VENTA. -

MADRID.

En la librería de los Sres. *Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.